



Número 254
Septiembre 2024

HERALDOS DEL EVANGELIO

*Caballero arquetípico
de la milicia celestial*



El secreto de la perfección

Toda nuestra perfección consiste en amar a nuestro amabilísimo Dios: «La caridad es vínculo de perfección» (Col 3, 14). Mas toda la perfección del amor a Dios consiste en unir con su santísima voluntad la nuestra propia. «El principal efecto del amor —dice San Dionisio—, es el estrechar la voluntad de los amantes de modo que los dos tengan el mismo querer». Y, por esto, cuanto mas íntimamente unida esté el alma con la divina voluntad, tanto más ardiente será su amor. Y si bien son del agrado de Dios las mortificaciones, las meditaciones, las comuniones, las obras de caridad hacia el prójimo, pero ¿cuándo lo son? Cuando van conformes con su voluntad; pues cuando no hay en ellas la voluntad de Dios, no sólo deja de agradecerlas, sino que las abomina y las castiga. [...]

La mayor gloria, pues, que podemos dar a Dios es cumplir en todo con su santa voluntad. [...]

Así que, todos los santos no han tenido siempre otra mira que hacer la divina voluntad, conociendo claramente que en esto se cifraba toda la perfección de un alma. [...]

En este mundo debemos aprender de los bienaventurados del Cielo el modo con que debemos amar a Dios. El purísimo y perfecto amor que tienen a Dios los bienaventurados en el Cielo consiste en la perfecta unión con su divina voluntad.

Si los serafines conociesen ser su adorable querer el que se empleasen

por toda la eternidad en contar las arenas de las orillas o en arrancar las yerbas de los jardines, lo harían al momento con sumo placer. Aún más, si Dios les indicase que fuesen a arder en las llamas infernales, precipitaríanse al punto en aquel abismo de fuego para cumplir la voluntad de Dios. Y esto es lo que nos enseñó a pedir Jesucristo: seguir la divina vo-

luntad en la tierra como lo hacen los santos en el Cielo (cf. Mt 6, 9). Llamaba el Señor a David hombre cortado según su corazón, porque cumplía en todo su voluntad (cf. Hch 13, 22).



San Alfonso María de Liguori - Iglesia de San Miguel, Enniskillen (Irlanda del Norte)

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

Conformidad con la voluntad de Dios. 3.^a ed.

Barcelona: De Pons y Cía., 1853, pp. 9-17.

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XXII, número 254, Septiembre 2024

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 912 770 770

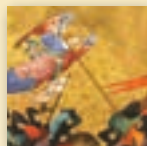
www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

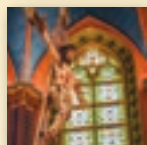
Escriben los lectores 4

Unos lo intentan,
otros triunfan (Editorial) 5



La voz de los Papas –
Defensor de la Iglesia

6



Comentario al Evangelio –
Sin cruz no hay gloria

8



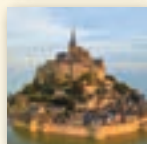
Apariciones de La Salette –
Señora, ¿por qué lloráis?

14



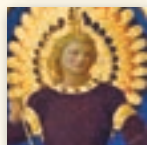
Beato Francisco Palau: «Mis
relaciones con la Iglesia» –
El verdadero rostro de la
Iglesia

18



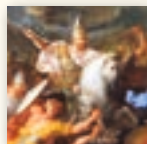
Mont Saint-Michel –
Fotografía en piedra de la
mentalidad de un ángel

22



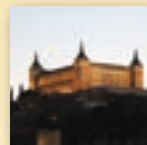
Escudo y espada de la
Iglesia

26



San Josué – Conducirás
a este pueblo a la tierra
prometida

30



El asedio del Alcázar de
Toledo – Un milagro de fe
y osadía

34

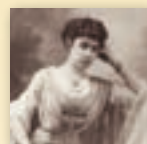


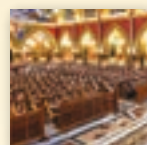
Imagen viva de otra madre:
la Santa Iglesia

38



Heraldos en el mundo

40



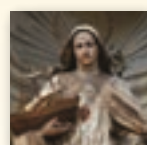
Sucedió en la Iglesia
y en el mundo

44



Historia para niños... –
Una fiesta de cumpleaños
en el Cielo

46



Los santos de
cada día

48



Cruz iluminada, luz
crucificada

50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido
de la revista directamente
desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

SABIDURÍA Y DISCERNIMIENTO DEL DR. PLINIO

Ante el magnífico y detallado artículo «La Revolución en las tendencias – La más sutil de las revoluciones... y la más eficaz», firmado por la Hna. María Beatriz Ribeiro, EP, sólo nos queda admirar la sabiduría y el discernimiento del Dr. Plinio, dándonos a conocer el trabajo demoníaco que trata de conseguir «secar por completo» al hombre de virtud y hacer desaparecer así todo freno moral. Ésta es la Revolución en las tendencias.

*Fé Colao García
Gijón – España*

ENORME INTERÉS POR LA HISTORIA DE DÑA. LUCILIA

Leyendo la revista *Heraldos del Evangelio* he tenido conocimiento de noticias sobre una respetable figura que vivió en la primera mitad del siglo pasado, llamada Lucilia. Leí con interés algunas semblanzas que han hecho personas devotas tuyas, las cuales recibieron gracias por su intercesión. Me asombró tanto y, al mismo tiempo, suscitó en mí un enorme interés por esa notabilidad de mujer que inmediatamente la sentí cercana a mí y a mi sensibilidad.

Sin embargo, como no conozco su historia, quisiera pedirle que tenga la amabilidad de enviarme por correo electrónico algunos detalles donde pueda encontrar información sobre la vida de esta mujer y el papel que actualmente la Iglesia le reserva. Si hay algún libro que se pueda comprar, me gustaría saber su título y de qué editorial puedo obtenerlo.

Me siento especialmente atraída por esta personalidad mística, por las pequeñas señales que ya me ha proporcionado. No sé si ha habido artículos relacionados con este tema en

otros números de su revista, por eso me dirijo a ustedes para que me brinden una benévola y amable respuesta.

Se lo agradezco de antemano y les mando un cordial saludo.

*Anna De Rango
Morano Calabro – Italia*

CON AYUDA DE DÑA. LUCILIA, TODO SALDRÁ BIEN

Agradezco la ayuda del Cielo por mediación de Dña. Lucilia. Sus suaves y eficaces intercesiones en nuestras tribulaciones diarias nos enseñan que la cruz nos abre un camino seguro hacia el Cielo.

Tengo problemas económicos, le pido auxilio a Dña. Lucilia para que los resuelva y estoy segura de que todo saldrá bien. Leyendo la revista *Heraldos del Evangelio* he podido ver cómo Dña. Lucilia intercede por las personas necesitadas que acuden a ella.

Enhorabuena por esta verdadera obra de arte, la revista *Heraldos del Evangelio*. Aprendo con la espiritualidad y la enseñanza cristiana contenidas en sus páginas. Le pido a Jesús que bendiga esta buena prensa.

*Ionilda Creusa de Jesús Fernandes
Pratápolis – Brasil*

SACERDOTES CONTRA SAN PÍO DE PIETRELCINA

¡Dios mío, qué historia maravillosa ésta, sobre el santo Padre Pío!

En el artículo «Emmanuele Brunatto – Persiguiendo a los perseguidores del Padre Pío», vemos cómo Satanás consiguió utilizar a sacerdotes para sus propósitos.

*Nilson Augusto Maciel Graça
Vía revista.arantos.org*

LUZ DEL ESPÍRITU SANTO

Santo Tomás, ¡el grande entre los grandes! Cuesta creer en estos tiempos que dicha luz del Espíritu Santo se pudiera manifestar, como vemos

en el artículo «Breve biografía de Santo Tomás de Aquino – El itinerario angelical de un varón», de Rodrigo Siqueira Pinto Ferreira. Sin embargo, la gracia crece y se vigoriza en tiempos de prueba entre los católicos.

*Esperanza Illanes
Vía revistacatolica.org*

EJEMPLO PARA LOS CATÓLICOS EN ESTE MUNDO PAGANIZADO

Me ha impresionado mucho la historia del pobre niño Luis XVII, relatada en el artículo «Escondido en las brumas de la Historia... ¡un rey mártir!», de la Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP.

Es increíble la crueldad contra un niño tan pequeño e inocente, pero cuya virtud fue más fuerte que la maldad de sus verdugos.

Sirve de ejemplo para quienes pretenden ser verdaderos católicos en este mundo paganizado en el que vivimos.

*Denilson Palazín Silva
Vía revista.arantos.org*

CONOCIMIENTOS QUE ENRIQUECEN

Los *Heraldos del Evangelio* siempre nos están enriqueciendo con sus conocimientos brillantes y santos, como vemos en el artículo de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, titulado «Consagrada al servicio del Templo».

Que María, la Virgen Santísima, interceda incesantemente por nosotros.

*Suzene
Vía revista.arantos.org*

AYUDA PARA LOS FIELES

Leyendo el artículo de Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, titulado «Padres de la Madre del Mesías, ¡abuelos de Dios!», comprendí parte de la historia de mi camino de fe.

Gracias por toda la ayuda que eso supone para todo creyente.

*Ángela Frigenti Fernández
Vía revistacatolica.org*

UNOS LO INTENTAN, OTROS TRIUNFAN

El abordaje de la cuestión sobre los ángeles, a menudo, se ve distorsionado por el sincretismo, por pseudoespiritualidades o, incluso en el ámbito católico, por una visión edulcorada de su función. El romanticismo contribuyó a presentarlos como seres infantiles y fatuos, aunque virtuosos tocando el violín en el Cielo... Y la bibliografía contemporánea acerca de los ángeles crece, lamentablemente, en proporción a su tergiversación.

Sin embargo, este interés hodierno no encuentra un eco proporcional en las investigaciones teológicas serias. Cabe señalar que, si bien la angelología es parte colateral de la teología, cuyo eje gira en torno al Dios Uno y Trino, los ángeles se incluyen justo al inicio del Símbolo de la fe, como lo muestra el Concilio de Nicea, del año 325: «Creemos en un solo Dios Padre omnipotente, creador de todas las cosas, de las visibles y de las *invisibles*» (DH 125).

En el Antiguo Testamento, a veces la manifestación de los ángeles se confunde con la divina, como es el caso de la aparición de Dios a Abrahán junto a la encina de Mambré, seguida de la visión de tres hombres a la manera de ángeles (cf. Gén 18). En cuanto a la teofanía a Moisés, el Libro del Éxodo afirma: «El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas» (3, 2) y, luego, Dios «lo llamó desde la zarza» (3, 4).

Por otra parte, a lo largo de la historia el diablo ha sembrado en la imaginación de los fieles una visión borrosa de los espíritus angélicos y de lo sobrenatural, y hasta de su propia naturaleza demoníaca, transfigurándose como «ángel de luz» (2 Cor 11, 14). En la Edad Moderna, por ejemplo, los ángeles, como ya hemos dicho, fueron humanizados en inofensivas formas pueriles de «angelitos barrocos». Tal visualización es diametralmente opuesta al relato bíblico: el Señor es «Dios de los ejércitos» (cf. 1 Sam 1, 3) angélicos, de los cuales, verbigracia, un solo oficial exterminó a ciento ochenta y cinco mil soldados asirios (cf. 2 Re 19, 35).

La imagen más representativa de los ángeles como miembros de la milicia celestial es la de San Miguel, defensor del pueblo de Dios, general del *proelium magnum* en el Cielo y de todas las grandes batallas en este mundo que «yace en poder del Maligno» (1 Jn 5, 19).

El demonio, a su vez, busca constantemente minar las fuerzas del bien con tentaciones, perpetradas incluso contra el Hombre-Dios. El objetivo de Satanás —que significa *adversario*— era precisamente impedir que el Redentor cumpliera su misión de liberar a los cautivos (cf. Lc 4, 18).

Por el momento, la Providencia permite que Satanás actúe en los cuatro rincones de la tierra, hasta que finalmente sea arrojado al lago de fuego y azufre por los siglos de los siglos (cf. Ap 20, 7-10). Así pues, por nuestra parte, debemos confiar y vigilar, como nos exhorta San Pedro: «Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar. Resistidle, firmes en la fe» (1 Pe 5, 8-9).

Una de las tácticas más eficaces de la guerra consiste exactamente en crearle engaños al enemigo, y eso es una especialización del diablo, el «padre de la mentira» (Jn 8, 44). Por tanto, se sirve de innumerables artificios, sea para menguar la auténtica concepción castrense de los ángeles, sea para disfrazarse de ángel bueno. Los demonios seguirán *intentando* conseguir conquistas hasta el fin de los tiempos. En vano... Porque Dios, por su parte, no «lo intenta»; Él sólo triunfa, junto con sus ángeles y sus santos. ✠



San Miguel -
Iglesia dedicada al
arcángel en Gante
(Bélgica)

Foto: Francisco Lecaros



Defensor de la Iglesia

El arcángel Miguel está al lado de la Iglesia para defenderla contra todas las perversidades del tiempo presente y para ayudar a los fieles a resistir al diablo que «como león rugiente, ronda buscando a quien devorar».

Me alegra estar entre vosotros a la sombra de este santuario de San Miguel Arcángel, que desde hace quince siglos es destino de peregrinaciones y punto de referencia para todos los que buscan a Dios y desean seguir a Cristo, por quien «fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles. Tronos y dominaciones, principados y potestades» (Col 1, 16). [...]

A este lugar —como ya lo hicieron en el pasado tantos de mis predecesores en la cátedra de Pedro—, he venido también para disfrutar por un instante de la atmósfera propia de este santuario, hecha de silencio, de oración y de penitencia; he venido a venerar e invocar al arcángel San Miguel, para que proteja y defienda a la Santa Iglesia, en un momento en el que es difícil dar un auténtico testimonio cristiano sin compromisos y sin acomodaciones.

Lugar sagrado y privilegiado

Desde que el papa Gelasio I dio, en el año 493, su consentimiento a la dedicación de la cueva de las apariciones del arcángel San Miguel como lugar de culto e hizo su primera visita, concediendo la indulgencia del «perdón angélico», una serie de romanos pontífices siguieron sus pasos para venerar este lugar sagrado.

Entre ellos se encuentran Agapito I, León IX, Urbano II, Inocencio II, Celestino III, Urbano VI, Gregorio IX, San Pedro Celestino y Benedicto IX. Numerosos santos también han venido aquí a buscar fuerza y consuelo. Recuerdo a San Bernardo, San Guillermo de Vercelli, fundador de la abadía de Montevergine, Santo Tomás de Aquino, Santa Catalina de Siena; entre estas visitas continúa siendo célebre y está viva hasta hoy la que hizo San Francisco de Asís, que vino aquí en preparación para la Cuaresma de 1221. La tradición cuenta que, considerándose indigno de ingresar en la cueva sagrada, se detuvo en la entrada, grabando una señal de la cruz en una piedra.

Esta animada y nunca interrumpida concurrencia de peregrinos ilustres y humildes, que desde el comienzo de la Alta Edad Media hasta nues-

tros días han hecho de este santuario un lugar de encuentro para la oración y la reafirmación de la fe cristiana, indica cuánto es sentida e invocada por el pueblo la figura del arcángel Miguel, que es el protagonista en muchas páginas del Antiguo y del Nuevo Testamento, y cuánto necesita la Iglesia de su celestial protec-



Reproducción

«Peregrinación episcopal al monte Gargano»,
del Maestro de Palanquinos -
Museo de Arte de Filadelfia (Estados Unidos)

ción; de él, que es presentado en la Biblia como el gran luchador contra el dragón, el líder de los demonios.

Reivindicador de los derechos divinos y patrón de la Iglesia

Leemos en el Apocalipsis: «Y hubo un combate en el Cielo: Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón combatió, él y sus ángeles. Y no prevaleció y no quedó lugar para ellos en el Cielo. Y fue precipitado el gran dragón, la serpiente antigua, el llamado diablo y Satanás, el que engaña al mundo entero; fue precipitado a la tierra y sus ángeles fueron precipitados con él» (12, 7-9).

El autor sagrado, en esta dramática descripción, nos presenta el episodio de la caída del primer ángel, seducido por la ambición de llegar a ser «como Dios». De ahí la reacción del arcángel Miguel, cuyo nombre hebreo *¿Quién como Dios?*, reivindica la unicidad de Dios y su inviolabilidad.

Aunque fragmentarios, los relatos de la Revelación sobre la personalidad y el papel de San Miguel son muy elocuentes. Él es el arcángel (cf. Jds 1, 9) que reivindica los derechos inalienables de Dios. Es uno de los príncipes del Cielo elegido para custodiar al pueblo de Dios (cf. Dan 12, 1), de donde surgirá el Salvador.

Ahora el nuevo pueblo de Dios es la Iglesia. He ahí la razón por la cual ella lo considera su protector y sostenedor en todas sus luchas por la defensa y la difusión del Reino de Dios en la tierra. Es cierto que «el poder del infierno no la derrotará», como lo asegura el Señor (Mt 16, 18), pero esto no significa que estemos exentos de pruebas y batallas contra las asechanzas del Maligno.



San Miguel lucha junto a los católicos en la batalla de Siponto, de Juan de Sevilla

La afluencia de peregrinos al santuario de San Miguel, desde la Edad Media hasta nuestros días, muestra cuánto necesita la Iglesia de su protección en las luchas

Batalla multimilenaria y siempre actual

En esta lucha, el arcángel Miguel está al lado de la Iglesia para defenderla contra todas las iniquidades del mundo, para ayudar a los fieles a resistir al diablo que «como león ru-

giente, ronda buscando a quien devorar» (1 Pe 5, 8).

Esta lucha contra el demonio, que distingue a la figura del arcángel Miguel, es actual también hoy día, porque el demonio sigue vivo y operando en el mundo. En efecto, el mal que hay en él, el desorden que se halla en la sociedad, la incoherencia del hombre, la ruptura interior de la que es víctima no sólo son consecuencias del pecado original, sino también efecto de la acción infestante y oscura de Satanás, de este insidioso enemigo del equilibrio moral del hombre, que San Pablo no duda en llamar «el dios de este mundo» (2 Cor 4, 4), en la medida que se manifiesta como un astuto seductor, que sabe insinuarse en el juego de nuestro obrar para introducir en él desviaciones tan perjudiciales como aparentemente conformes a nuestras aspiraciones instintivas.

Por eso el Apóstol de las gentes advierte a los cristianos contra las artimañas del demonio y de sus innumerables satélites, cuando insta a los habitantes de Éfeso a revestirse «de la armadura de Dios, para poder afrontar las asechanzas del diablo, porque nuestra lucha no es contra hombres de carne y hueso sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (6, 11-12).

A esa lucha nos amonesta la figura del arcángel San Miguel, a quien la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, no ha dejado nunca de tributarle un culto especial. ✧

Fragmentos de:
SAN JUAN PABLO II.

Discurso al pueblo de Monte Sant'Angelo, 24/5/1987.

Traducción: Heraldos del Evangelio.

EVANGELIO

En aquel tiempo, ²⁷ Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?». ²⁸ Ellos le contestaron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas». ²⁹ Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?». Tomando la palabra Pedro le dijo: «Tú eres el Mesías». ³⁰ Y les conminó a que no hablaran a nadie acerca de esto. ³¹ Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». ³² Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. ³³ Pero Él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!». ³⁴ Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. ³⁵ Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará» (Mc 8, 27-35).



Leandro Souza

Crucifijo de la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, Cotia (Brasil)

Sin cruz no hay gloria

El único camino que nos lleva al Cielo es el que recorrió el Redentor. Fuera de él, cualquier propuesta que se nos presente será falaz y culminará en el fracaso eterno. ¡No nos engañemos!



✠ **Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP**

I – UNA LÓGICA MISTERIOSA

El hecho de que Dios haya introducido al hombre en el paraíso de las delicias tras su creación, como se describe en el Génesis (cf. Gén 2, 8), abre a primera vista un panorama de felicidad a la vez terrenal y sobrenatural, que roza lo idílico. Adán y Eva, completamente inocentes, disfrutaban de un jardín maravilloso donde reinaba la armonía, del dominio absoluto e inmediato sobre la naturaleza y, ante todo, de asiduas visitas del Padre celestial (cf. Gén 3, 8).

Esta idea de un pequeño cielo instalado en la tierra se disipa, no obstante, de forma repentina e inesperada, cuando leemos el relato de la tentación a la primera mujer y su irrazonable caída, en la que arrastró, sin resistencia alguna, a su esposo. Y la constatación de las consecuencias del pecado original para toda la especie humana nos hace lamentar, como destino más trágico, la situación en la que cayeron los desterrados hijos de Eva.

Ahora bien, parece que falta algo que explique la debacle. ¿Cómo pudieron las dos primeras criaturas humanas, nacidas de las manos del mismísimo Padre de las luces, caer en un abismo tan espantoso? Estamos, sin duda, ante un misterio: «*Delicta qui intellegit?*» (Sal 18, 13). Sin embargo, hay que tener en cuenta un elemento indispensable en la creación, que explica en gran medida el drama mencionado: la prueba. Sí, Dios nos ha creado para el Cielo, pero, en su señorío,

nos exige el precepto de la fidelidad, la obediencia y el amor.

Plasmados a imagen y semejanza del Creador y capaces de escoger el bien y rechazar el mal por nosotros mismos, la prueba era la única manera de ejercer nuestra libertad de forma recta, eligiendo a Dios sobre las demás cosas y demostrándole así nuestro amor. Y porque Eva olvidó este aspecto fundamental y arduo de la vida, prefiriendo una posición cómoda y optimista, no exenta de autosuficiencia, es por lo que acabó abusando de su libre albedrío y deslizándose por la pendiente del pecado.

***Aceptación amorosa del dolor:
origen de todo bien***

Dios, que se manifestaba tan amigable bajando a la hora de la brisa vespertina para hablar con Adán, también se mostró Señor digno de ser temido y obedecido cuando le prohibió a la primera pareja comer del árbol que estaba en el centro del paraíso (cf. Gén 2, 16-17). La disminución del respeto por la supremacía absoluta del Creador y el abandono del deber de serle fiel en la prueba fue lo que introdujeron el mal en la faz de la tierra.

Por eso, el Redentor y la Corredentora tuvieron que recorrer el camino opuesto al de nuestros primeros padres, haciéndose sumisos hasta el extremo del dolor. La epístola a los hebreos afirma lo siguiente: «Aun siendo Hijo, aprendió, sufrien-

Eva prefirió una posición cómoda y optimista ante el estado de prueba, y acabó abusando de su libre albedrío, deslizándose por la pendiente del pecado

*El ejemplo
dado por el
Salvador y
por su Madre
Santísima
selló para
siempre que
el sacrificio
aceptado con
amor es fuente
de todo bien, el
único camino
para alcanzar
la gloria*

do, a obedecer» (Heb 5, 8). Y, gracias a este holocausto, «se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna» (Heb 5, 9). Su incomparable ejemplo selló para siempre que el sacrificio aceptado con amor es fuente de todo bien y único medio para alcanzar la gloria.

He aquí la verdadera lógica de la creación, incomprendida por Eva, pero aceptada con plena apertura de alma por María Santísima, que se hizo esclava sufriente en unión con la divina Víctima y así se asoció verdaderamente al sacrificio del Calvario.

En función de esta lógica eminentemente sapiencial, pero enigmática para quienes andan a tientas por las sendas de la fe, se comprende más fácilmente el Evangelio de este domingo, y en particular la revelación hecha por Jesús a sus discípulos sobre su Pasión y Muerte, así como la dura reprensión infligida a Pedro.

II – EL ÚNICO CAMINO PARA EL REINO DE LOS CIELOS

Situado al final del capítulo octavo de San Marcos, el Evangelio del vigésimo cuarto domingo del tiempo ordinario está precedido por la narración de varios milagros como la segunda multiplicación de los panes (cf. Mc 8, 1-9) y la curación de un ciego en las proximidades de Betsaida (cf. Mc 8, 22-26),

en cuyo intervalo Jesús es rodeado por los fariseos, que le piden en vano un signo (cf. Mc 8, 11-12). A continuación, se aleja de la muchedumbre y se pone en camino, acompañado de sus discípulos, hacia la región de Cesarea de Filipo, zona rocosa donde inicia los coloquios sobre los que reflexionaremos en este comentario. Concluidos éstos, subirá al monte Tabor y tendrá lugar el episodio de la Transfiguración.

En la perícopa que estamos analizando, el divino Maestro desea, después de haber atraído a las multitudes con fulgurante éxito, tener un momento más ameno en el que pueda formar a sus discípulos con vistas a su futura glorificación en el Gólgota. Su vía, contrariamente a lo que podría pensarse, era la de la humillación y la de la obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz. Y sus seguidores debían tener esto presente. La reacción de Pedro, sin embargo, muestra hasta qué punto no esperaban este desenlace para la vida del Salvador, a quien consideraban un líder triunfante y en extremo popular, debido a sus poderes taumaturgicos.

A solas con el Maestro

En aquel tiempo, ²⁷ Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Filipo; por el camino preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que soy yo?».



«Lamentación sobre Cristo muerto», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Reproducción

La arrebatadora acción pública de Jesús fue de capital importancia para que sus discípulos tomaran conciencia de su persona y su misión. En este sentido, los varios meses que estuvieron con Él en intensa actividad apostólica les sirvieron como un auténtico seminario.

No obstante, había llegado el momento de pasar un tiempo a solas con el Maestro, lejos del ruido de la muchedumbre que acudía en busca de milagros. Refugiarse un poco en la soledad era esencial para que pudieran elevar sus corazones a cotas más altas. El Señor les plantea entonces la cuestión contenida en este versículo.

Visión sesgada del pueblo judío

²⁸ Ellos le contestaron: «Unos, Juan el Bautista; otros, Elías, y otros, uno de los profetas».

A pesar de la preparación llevada a cabo por San Juan Bautista, Israel no lograba contemplar la divinidad de Jesús; por eso, cuando lo vieron actuar y hablar, le atribuyeron la identidad de ciertos profetas antiguos, como si fuera una simple reviviscencia del pasado.

Esta visión sesgada se debía al peso de siglos de infidelidad por parte del pueblo elegido. Y los Apóstoles, que vivían en ese ambiente y conocían las opiniones de la gente acerca del Maestro, las refieren con precisión. ¿Estarían influenciados por los criterios de sus coetáneos? Hasta cierto punto sí, como comprobaremos. Sin embargo, veían algo más.

Separados del mundo

²⁹ Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?». Tomando la palabra Pedro le dijo: «Tú eres el Mesías».

Los Apóstoles necesitaban darse cuenta de que habían sido destacados de la sociedad en la que vivían. Estaban en medio de ella, pero no se confundían con ella, porque, por inspiración del Padre celestial, discernían en el Señor la Luz verdadera que había venido al mundo. Esta visualización de Jesús era característica de ellos.

También hoy es un desafío creer en la divinidad del Salvador. En un siglo sumido en las ti-



Los Apóstoles reunidos en el Cenáculo - Catedral de Nuestra Señora de la Asunción, Obersteigen (Francia)

Reproducción

nieblas de la apostasía hasta los extremos de la prevaricación, la valentía de conservar la fe y vivir en coherencia con ella nos separa del mundo. No obstante, lejos de sentir miedo o inseguridad, debemos proclamar nuestras convicciones católicas con inteligencia y gallardía, para atraer almas salvables y combatir a los enemigos de la verdad, del bien y de la belleza.

El castigo más severo

³⁰ Y les conminó a que no hablaran a nadie acerca de esto.

Los Apóstoles, llamados a pregonar en un futuro el mensaje cristiano «desde la azotea» (Mt 10, 27), reciben este momento la tajante prohibición de hablarle al pueblo sobre la visión sobrenatural que tenían del Mesías. Jesús seguiría siendo un misterio para los israelitas, porque se lo merecían.

Ésta es la pena más dura que se le puede imponer a nadie: permanecer en la oscuridad respecto a la verdad.

Los Apóstoles discernieron en el Señor la Luz verdadera que había venido al mundo, pero quedaron asombrados de la magnitud de la prueba que Él les presentaba

El pronóstico de lo doloroso y que contraría los criterios personales causa repulsión en la criatura que, en sí misma, se cree independiente y merecedora de lisonjas y placeres

Sergio Holman



San Pedro - Catedral de Amiens (Francia)

La perspectiva de la prueba

³¹ Y empezó a instruirlos: «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días».

^{32a} Se lo explicaba con toda claridad.

Sufrimiento, rechazo y muerte: el peso de la prueba se cernía sobre los Apóstoles. Cristo tenía que cargar sobre sí los pecados de los hombres para rescatarlos de las garras del demonio y devolverles la libertad de hijos de Dios.

¡Qué difícil es aceptar esta perspectiva! Sin embargo, estar dispuestos a afrontar la adversidad por amor a la verdad y al bien constituye el núcleo de nuestra existencia en la tierra. A los ojos de la fe, es un honor poder pelear por Dios en las luchas contra el mal que se encuentra en nosotros mismos y a nuestro alrededor. Pero para los mundanos, que prefieren una vida fácil y placentera, dicha visualización causa tedio, incompreensión y, finalmente, rebeldía.

Ahora bien, hay un detalle que merece ser destacado. Tras la muerte, ¡vendrá la victoria! Jesús anuncia que tres días después de ser entregado en manos de sus adversarios resurgirá triunfante. A grandes males, grandes remedios. Si era necesario que el Verbo muriera crucificado, dándonos ejemplo de verdadero amor y obediencia, el buen Padre del Cielo le había reservado la glorificación más esplendorosa. Esta parte de su profética afirmación, no obstante, pasará desapercibida para sus oyentes, como se infiere del versículo siguiente.

La «levadura de Eva»

^{32b} Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo.

De carácter muy espontáneo, San Pedro actúa según los impulsos de su mentalidad marcada por la «levadura de Eva», es decir, por el rechazo de ese aspecto fundamental de la condición humana que es la prueba. Y como él actuaría cualquier hombre que no hubiera sido tocado por la gracia de la cruz. En efecto, el pronóstico de lo desagradable, de lo doloroso, de lo que va contra los criterios personales causa repulsión en

la criatura que, por sí misma, se cree independiente y merecedora de lisonjas y placeres.

Pidamos a Dios el don inefable de amarlo hasta el punto de vencer nuestro egoísmo y superar bien todas las pruebas, porque así transcurrirá nuestra existencia en este mundo: dolores y alegrías se alternarán hasta el bendito día en que, habiendo ganado la última batalla, veremos abrirse las puertas del Cielo para acogernos en la felicidad eterna, entre cánticos de júbilo de los ángeles y de los santos.

¿Piedra de la Iglesia o Satanás?

³³ Pero Él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Ponte detrás de mí, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!».

Poco antes, en la versión de San Mateo, el Señor había constituido a Simón como roca fundamental de la Iglesia, y ahora lo aparta de sí, llamándolo ¡Satanás! Dos extremos reco-

rridos en unos instantes... ¿Cómo se entiende esto?

La propia historia del papado parece darnos la clave de interpretación. Cuando los pontífices son verdaderos seguidores de Nuestro Señor Jesucristo, están dispuestos a enfrentar a los más terribles adversarios e incluso a derramar su sangre por la Iglesia con admirable valentía. Pero cuando buscan ganarse las sonrisas del mundo, se vuelven capaces de las peores traiciones, haciéndose merecedores de la atroz reprimenda infligida a Pedro. Implacable será, pues, el juicio de los Papas: ante Dios, o serán roca, o serán Satanás. No habrá término medio.

Seremos juzgados de manera similar. Si, atraídos por las comodidades de una existencia mediocre, huimos de la cruz y construimos una vida placentera en pacto con las máximas de perdición propagadas por el mundo, oiremos también de labios del Señor la sentencia condenatoria: «Quítate de mi vista, Satanás». Pero si queremos conquistar el Paraíso, debemos conservar la fe del príncipe de los Apóstoles a fin de ser piedras vivas de la Iglesia en medio de la tempestad.

Sólo hay un camino

³⁴ Y llamando a la gente y a sus discípulos les dijo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. ³⁵ Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará».

Que nadie se engañe: no existe un programa de vida legítimo alejado del amor a la cruz y de la renuncia a nuestro egoísmo. Cualquier otra propuesta que se nos presente será falaz y terminará en un fracaso eterno. ¡Bien lejos de nosotros!

Al contrario, tratemos de perderlo todo por el Señor, para encontrarnos con Él en la eternidad. Entonces se dará a nosotros, colmándonos de un gozo insuperable.

III – UNA CORONA RESERVADA A LOS VIOLENTOS

En una ocasión posterior a la escena narrada en el extraordinario Evangelio de este domingo, Nuestro Señor Jesucristo declara que el Reino de los Cielos pertenece a los violentos (cf. Mt 11, 12). ¿Quiénes son éstos? Aquellos que están dispuestos a sacar lo mejor de sí mismos durante las pruebas para rendirle a Dios el homenaje de su fidelidad. Y sólo los que perseveren hasta el final en esta dura lucha conquistarán, de hecho, los honores del Paraíso.

Necesitamos conseguir fuerzas para esta tan desafiante empresa, recurriendo asidua y confiadamente a la oración, seguros de que con nuestras propias fuerzas no lograremos nada. Como afirma el gran San Alfonso María de Liguorio, «quien reza se salva, quien no reza se condena». Está, pues, en nuestras manos conquistar esa corona. ✧

*Sólo el que
persevera
hasta el final
en la dura
lucha que es
la vida en
esta tierra,
estando
dispuesto a
sacar lo mejor
de sí mismos
durante las
pruebas,
conquistará
los honores
del Paraíso*



«Crucifixión», de Niccolò di Pietro Gerini - Iglesia de Santa Felicidad, Florencia (Italia)

Señora, ¿por qué lloráis?

En la tarde del 19 de septiembre de 1846, dos pastores vieron a una Señora de resplandeciente belleza. Ella no ocultaba sus lágrimas. ¿Qué las provocaba?



✠ Hna. María Angélica Iamasaki, EP

«**V**osotros, los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor como el dolor que me atormenta» (Lam 1, 12). Las desgarradoras palabras de Jeremías, piadosamente atribuidas a la Madre Dolorosa al pie de la cruz, también pueden figurar como el epíteto más perfecto de la Virgen de La Salette.

En los Alpes franceses, María Santísima se dignó aparecerles, bajo el doloroso aspecto de *Mater Lacrimosa*, a dos cándidos pastores, procedentes de una aldea cercana a Grenoble. Su majestuoso semblante no ocultaba las abundantes lágrimas que fluían hasta sus rodillas, rompiendo en chispas de luz. Parecía como si la espada del dolor clavada en el alma de la Reina de los mártires durante la Pasión apuñalara de nuevo su pecho al contemplar el desamor de innumerables hijos, manifestado en la abierta violación de la ley de Dios, y el terrible castigo que le sobrevendría al mundo pecador. «¿Qué hombre no lloraría si a la Madre de Cristo viera en tanto suplicio?», canta el *Stabat Mater*.

Sería una aberración en el orden de la naturaleza que un hijo permaneciera indiferente ante la angustiante súplica de una buena madre. El Espíritu Santo incluso nos advierte a no permanecer impasibles ante el gemido materno (cf. Eclo 7, 29, Vulg.). Pero cuando se trata de la Madre de las madres, ¿cuál debe ser nuestra actitud? «¿Es comprensible ver llorar a una madre, y a una Madre así, sin emplear todos los medios imaginables para consolarla, para convertir su dolor en alegría?»,¹ concluye Mélanie, la pequeña vidente.

*En los Alpes,
María Santísima
se apareció como
«Mater Lacrimosa».
Parecía que la espada
de dolor le apuñalara
de nuevo su alma*

¡Consolar a la Embajadora celestial! ¿Habría sido ésta la actitud de la humanidad extraviada ante los llamamientos contenidos en el mensaje y los secretos transmitidos por Ella?

Sobre el «paraíso», se aparece la Santísima Virgen

En la soleada mañana del 19 de septiembre de 1846, Mélanie Calvat, de 14 años, y Maximin Giraud, de 11, llevaban el ganado a los pastos de la montaña de La Salette. No podían ni imaginar que Dios los había elegido, pese a ser unos simples pastorcitos, para ser portavoces de la Reina de los profetas ante los hombres.

Curiosamente, ambos se habían conocido la víspera de la aparición, cuando cierto hombre del lugar obtuvo el permiso del padre de Maximin para que éste sustituyera a uno de sus empleados enfermo. Dado su completo desconocimiento del oficio, le indicaron que siguiera a una experimentada pastora de la región.

El niño enseguida entabló amistad con la inocente Mélanie y, después de cuidar de los animales, le pidió jugar.

La distracción elegida fue construir lo que llamaban «paraíso», que consistía en una casita de piedra cubierta de flores. Sonaba el ángelus mientras ambos amontonaban guijarros y recogían plantas silvestres multicolores para, luego de un frugal almuerzo, ponerse manos a la obra. Consta- ba de una planta baja reservada para ellos dos y un piso superior inunda- do de florecillas, arreglos y ramas, que era un auténtico «paraíso». Esta pueril construcción les llevó mucho tiempo de trabajo, tras lo cual se que- daron dormidos sobre la hierba.

Cuando Mélanie se despertó, quiso comprobar inmediatamente el buen orden del rebaño y, tranquiliza- da al comprobar que estaba a salvo, se dirigió hacia la pequeña construc- ción. En ese momento, la vio resplan- deciente de luz y sólo pudo exclamar: «Maximin, ¿lo ves? ¡Ah, Dios mío!».

Ése era el pedestal elegido por la Soberana del Cielo para transmitir sus comunicaciones celestiales. La tarde ya estaba avanzada y a esa mis- ma hora la Iglesia celebraba, siguiendo el calendario litúrgico de la época, las primeras vísperas de la fiesta de Nuestra Señora de los Dolores.

Bondad y belleza supremas

La hermosa Señora de los Alpes apareció sentada con la cabeza entre las manos, con un aspecto impregna- do de lo sobrenatural. Así la descri- be Mélanie: «Su mirada era dulce y penetrante; sus ojos parecían hablar con los míos, pero la conversación provenía de un profundo y vivo senti- miento de amor hacia esa belleza que me derretía. La dulzura de su mirada, su aire de incomprensible bondad, me hacían comprender y sentir que atraía hacia a Ella y que quería darse;



Daniel Culsan (CC by-sa 4.0)

Imagen de Nuestra Señora de La Salette que se venera en el lugar de las apariciones - La Salette-Fallavaux (Francia); abajo, vista panorámica de los Alpes franceses

Se entristecía por la abierta violación de la ley de Dios y por el terrible castigo que le sobrevendría al mundo pecador y empedernido

era una expresión de amor que no se puede expresar con la lengua humana ni con las letras del alfabeto».

Su vestido blanco plateado estaba adornado con un delantal amarillo oro; sin embargo, describe la viden- te, «no tenía nada de material: estaba compuesto de luz y de gloria». Su re- gia corona, hecha de rosas celestiales,

esparcía rayos dorados. Alrededor de su cuello, sujeto a una cadena, colgaba el símbolo de la Redención: una cruz de oro con el Señor resplan- deciente que a veces parecía estar muerto; otras, se manifestaba con la cabeza erguida y los ojos abiertos, y hasta queriendo hablar. Flanquean- do el crucifijo había dos instrumen- tos de la Pasión: un martillo y unas tenazas. Tenía también una cadena más ancha formada por centelleantes rayos de gloria y otras muchas rosas perfiladas que decoraban su vestido.

«Avanzad, hijos míos, no tengáis miedo; estoy aquí para anunciaros una gran noticia», fueron éstas las palabras iniciales con las que la San- tísima Virgen introdujo su discurso profético, mientras empezaba a de- rramar copiosas lágrimas.

Dolor por los pecados de la humanidad

«Si mi pueblo no quiere someter- se, me veo obligada a soltar la mano de mi Hijo. Es tan fuerte y pesada que ya no puedo retenerla». Con esta la- mentación, Nuestra Señora revelaba la necesidad de sus constantes súplicas para aplacar la ira divina, pero se entristecía porque los hombres las to- maban con total indiferencia: «¡Hace tanto tiempo que sufro por vosotros! Si quiero que mi Hijo no os abandone, he de rezarle sin cesar. Y a vos- otros no os importa. Por mucho que recéis, por mucho que hagáis, nunca podréis compensar la angustia que he asumido por vosotros». Y denunciaba como causa de la indignación divina la violación del precepto dominical y los pecados de blasfemia en los que el pueblo reincidía con liviandad.

«Si la cosecha se echa a perder, es sólo por culpa vuestra». En efecto, en

aquellos años las patatas se estropearon y el trigo se desmoronaba tras la siega, causándoles cuantiosos daños a los campesinos. Pero, incluso después de ese signo de reprensión de la Providencia, no hubo enmienda de vida. Por tanto, nuevos y mayores castigos devastarían a la población en los años siguientes, indicando el camino de la contrición: «Vendrá una gran hambruna. Antes de que llegue, los niños menores de 7 años sufrirán un temblor y morirán en los brazos de quienes los sostengan; los demás harán penitencia por el hambre. Las nueces se pondrán malas; las uvas se pudrirán».

Estos vaticinios, dirigidos principalmente a los campesinos de la época, se cumplieron con precisión a partir de entonces, desde la pérdida de trigo, nueces y viñedos, hasta la mortandad de miles de niños. En su conjunto, estas calamidades eran un signo del poder de María sobre los acontecimientos, invitando a sus hijos a creer en las predicciones de alcance universal que Ella comenzaría a hacer.

Crisis en la Iglesia, en el clero y en la vida religiosa

Como Madre del Cuerpo Místico de Cristo, Nuestra Señora derrama sobre él los tesoros de su amor y de su celo, para que cumpla la misión de guiar a los hombres hacia la salvación conquistada por la sangre redentora. Ahora bien, su maternal Corazón, comparable a un sagrario donde la luz no se ha apagado nunca o a un templo donde jamás ha entrado el desorden, al ver a la Santa Iglesia precipitarse en una crisis sin precedentes en la historia, sufre lo indecible. Sellada por la promesa de la inmortalidad, resplandeciente en las almas de los justos y gloriosa en la Jerusalén celestial, la dura realidad de su eclipse en medio de la sociedad humana arranca de la virginal Señora gemidos de aflicción.

Dirigiéndose a Maximin, María Santísima quiso transmitirle un secreto. Predijo para el siglo XIX el avance del mal en todos los países, en proporciones nunca vistas, y el comienzo de una gran persecución a la Iglesia, en la que los buenos expiarían con sus sufrimientos el mal que habían hecho o que no combatieron con la debida firmeza. Después de muchas luchas se establecería en la tierra la única religión: la del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La niña, que no había oído las palabras dichas a su compañero, también empezó a recibir una revelación: «Mélanie, lo que te voy a contar ahora no será siempre un secreto; podrás publicarlo en 1858». Y la Virgen pasó entonces a esbozar el

*La Virgen predijo
el avance del mal en
todos los países, en
proporciones nunca
vistas, y el inicio de
una gran persecución
a la Iglesia*

cuadro de decadencia de la Iglesia visible en la persona de sus presbíteros y religiosos. Este rebaño escogido, llamado a empuñar la antorcha del fervor entre los fieles, traicionaría en gran medida su misión y sería responsable de la decadencia de toda la sociedad.

He aquí algunas de sus palabras: «¡Ay de los sacerdotes y de las personas consagradas a Dios que por su infidelidad y su mala vida crucifican de nuevo a mi Hijo! Los pecados de las personas consagradas a Dios claman al Cielo y piden venganza, y he ahí que la venganza está a sus puertas, porque ya no hay

quien implora misericordia y perdón para el pueblo; ya no hay almas generosas, nadie digno de ofrecer la Víctima sin mancha al Eterno en favor del mundo».

Aún en tono muy serio, señaló el descuido de la oración y de la penitencia por parte de quienes gobiernan la Iglesia y cómo se le permitiría al demonio establecer divisiones en todas las sociedades y familias. Dios abandonaría a los hombres a sí mismos y éstos perderían poco a poco la fe, religiosos inclusive.

Como consecuencia, el colapso se extendería de la esfera espiritual a la temporal: «Todos los gobernantes civiles tendrán el mismo designio, que apunta a abolir y hacer desaparecer todo principio religioso, para dar paso al materialismo, al ateísmo, al espiritismo y toda clase de vicios», hasta que el mundo acabe inmerso en un terrible caos, en el cual «sólo se verán homicidios, odio, envidia, mentira y discordia, sin amor a la patria ni a la familia».

Llegada de los castigos y convocatoria de los apóstoles de los últimos tiempos

Algunas de las profecías señalaban los respectivos años y se referían al propio siglo XIX. Sin embargo, poco a poco la Virgen de La Salette dejó de situarlos en una cronología y empezó a anunciar hechos más distantes de aquel período histórico, relacionados con los anteriores y presentados por Ella como su consecuencia lógica. Por eso, el mensaje completo es hoy, sin duda, providencialmente actual.

Vendrán tiempos, dijo Nuestra Señora, en que «las montañas y toda la naturaleza temblarán de espanto porque los desórdenes y los crímenes de los hombres traspasan la bóveda del Cielo»; el mundo será castigado con toda especie de plagas, conflictos, catástrofes naturales y los malos se congregarán para go-

bernarlo, mientras la mayoría de los hombres, olvidándose de Dios, «sólo pensarán en divertirse». En este contexto convulso, la Iglesia atravesará días de pruebas aún más terribles. «Los lugares santos están corrotos», dijo María Santísima, e incluso «Roma perderá la fe»...

En medio de la desolación generalizada, hizo una convocatoria a sus hijos escogidos de esa época para que predicaran la verdad en todo el mundo: «Hago un llamamiento urgente a la tierra: llamo a los verdaderos discípulos de Dios vivo y reinante en el Cielo. [...] Llamo a mis hijos, mis verdaderos devotos, [...] a los que llevo, por así decirlo, en mis brazos; a los que han vivido en mi espíritu. Llamo a los apóstoles de los últimos tiempos [...]. Id y mostraos como mis hijos amados; estoy con vosotros y en vosotros, siempre que vuestra fe sea la luz que os ilumine en estos días de infortunio». Y tras profetizar un enfrentamiento definitivo entre las fuerzas de la luz y de las tinieblas, del que San Miguel Arcángel saldría victorioso, dictó una regla de vida para los citados apóstoles.

Pronunciadas estas impactantes amonestaciones, la Santísima Virgen se dirigió a los niños. Quería preguntarles por las oraciones diarias de ambos y el estado del trigo en la región, que ya empezaba a deteriorarse. Sus últimas palabras fueron un estímulo para que Mélanie y Maximin propagaran el mensaje: «Bien, hijos míos, transmitiréis esto a todo mi pueblo». Luego, caminó unos pasos, miró detenidamente a cada uno y comenzó a elevarse, desapareciendo poco a poco en medio de la intensa luz que la rodeaba.

¡No despreciamos sus palabras!

De tal manera aquella Señora atraía a los dos niños que gustosamente lo abandonarían todo para disfrutar de su compañía. Pero su misión de difundir la profecía no había hecho

más que empezar y les acarrearía las más duras calumnias, persecuciones y un incomprensible aislamiento durante toda su vida.

«Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?» (Jn 6, 60), es lo que dijeron varios de los discípulos de Jesús en Cafarnaúm, ante la revelación del sacrosanto misterio de la Eucaristía. Bajo el peligro de incurrir en ese mismo rechazo, pidámosle a Nuestra Señora de La Salette la gracia de ser contados entre el número de los que la aceptan, consuelan y acompañan en los días de la pasión de la Santa Iglesia, esperando con total fidelidad su gloriosa resurrección. ✧

«Hago un llamamiento urgente a la tierra. Llamo a mis hijos, mis verdaderos devotos, a los que han vivido en mi espíritu»

Representación de la aparición de la Santísima Virgen a los niños - Santuario de Nuestra Señora de La Salette, La Salette-Fallavaux (Francia)

¹ Los comentarios de Mélanie Calvat y Maximin Giraud citados aquí entre comillas, así como las descripciones de la aparición y las palabras literales de la Virgen, han sido tomados de los informes oficiales hechos por los pastores, transcritos en la célebre tesis doctoral del sacerdote Michel Corteville sobre La Salette: CORTEVILLE, Michel. *La «Grande Nouvelle» des Bergers de La Salette. Le plus grand amour; les plus fortes expressions*. Tesis doctoral en Teología Espiritual. Pontificia Studiorum Universitas a Sancto Toma Aquinate in Urbe. Roma, 2000, pp. 204; 230-241.



Hugo Grados

El verdadero rostro de la Iglesia

Embebidos de amor filial, somos llevados a suplicar, parafraseando al apóstol San Felipe: «Señor, muéstranos la gloria de nuestra madre, la Iglesia, y nos basta».

✠ Gabriel Marques dos Santos



Prefigurada por el pueblo elegido en el Antiguo Testamento, la Iglesia fue instituida por Nuestro Señor Jesucristo en la plenitud de los tiempos, para perpetuar su presencia entre los hombres y conducirlos así a la salvación. Originaria del griego ἐκκλησία — *ekklēsia* —, la palabra *iglesia* significa *convocación* o *asamblea*.

En este sentido, mucho más que una mera estructura material o jurídica, la Iglesia es una realidad viva. De ahí que la veamos representada unas veces como la viña o el campo del Señor (cf. 1 Cor 3, 9; Mt 21, 33-43), otras como el rebaño del que Cristo es el Buen Pastor (cf. Jn 10, 11-16), pero también como un edificio espiritual construido con piedras vivas: la Jerusalén celestial (cf. 1 Pe 2, 5; Ap 21, 9-14).

*Considerando la
dimensión «personal»
de la Santa Iglesia,
es natural
preguntarse:
¿tendrá fisonomía
esta venerable dama?*

Sin embargo, San Pablo presenta una imagen aún más sublime. En su epístola a los colosenses, el Apóstol de las gentes afirma que Jesús es «la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 18). Y tan estrecho es el vínculo entre el divino Salvador y la institución por Él fundada que, como enseña Santo Tomás de Aquino, «la cabeza y los miembros son como una sola persona mística».¹

La Iglesia, nuestra Madre

Si, de hecho, es lícito admitir ese carácter como que personal de la Iglesia, con mayor facilidad le añadiremos también su carácter materno. En efecto, por las aguas del Bautismo nos hace nacer a la vida en Jesucristo; por la gracia de los demás sacramentos nos alimenta, fortalece y sana; y por su magisterio nos enseña las verdades eternas. Además, esta visualización se ve reforzada por la tradición católica, que desde hace siglos acostumbra a referirse a la Esposa Mística del Redentor con la expresión *Santa Madre Iglesia*.

Teniendo en cuenta esa dimensión «personal» y materna de la Jerusalén celestial, es natural preguntarse: ¿tendrá fisonomía esta venerable dama? ¿Cuál será? Embebidos de amor filial, somos llevados a suplicar, parafraseando al apóstol San Felipe: «Señor, muéstranos la gloria de nues-

tra madre, la Iglesia, y nos basta» (cf. Jn 14, 8).

Ése fue el ardiente deseo que llevó a un joven catalán a ingresar en el convento carmelita de Barcelona en 1832.

Apasionado por la Iglesia de Cristo

Nacido en el seno de una familia fiel al altar y al trono, Francisco Palau y Quer vino al mundo el 29 de diciembre de 1811, en la pequeña localidad de Aitona, cercana a los Pirineos. Habiendo recibido una educación religiosa ejemplar, no tardó en formular su propósito de entregarse al servicio divino.

En 1828 entró en el seminario diocesano de Lérida y estudió allí hasta los 21 años, cuando, discerniendo en sí la vocación carmelita, fue admitido en el noviciado del convento de Barcelona. En noviembre de 1833 profesó los votos religiosos, recibiendo poco después las órdenes menores.

Ahora bien, una pasión especial lo impelía hacia los caminos de la vida consagrada: «Separado del mundo, retirado en el convento, pregunté por la cosa amada, la busqué. [...] La buscaba en las austeridades de la vida religiosa, en el ayuno, en el silencio, en la pobreza; la busqué y ¡la encontré...! ¡Vi a mi amada y me uní con ella en fe, en esperanza y amor! Su presencia satisfizo mi pasión y con ella yo era feliz, su belleza me basta-

ba. Dios y el prójimo, o sea, la Iglesia católica se me apareció tan bella como una divinidad».²

Cautivado, pues, por la belleza sobrenatural de la Esposa Mística del Salvador, el joven carmelita hizo de su amor por ella la razón de su existencia. Sin embargo, la Providencia no tardó en poner a prueba su fidelidad a su amada, permitiéndole ser, durante mucho tiempo, blanco de la persecución que los enemigos de la Iglesia siempre promueven en su insaciable afán de mancillarla, deformarla y, si fuera posible, destruirla.

Vida de intensas batallas y profundo recogimiento

En 1835 estalla una conflagración de carácter anticlerical en Cataluña. Dominados por un satánico furor, los revolucionarios le prenden fuego al convento carmelita de Barcelona. El Beato Palau escapa milagrosamente del atentado y se dirige a Barbastro, donde sería ordenado sacerdote al año siguiente.

A partir de entonces continuará sufriendo una serie de ataques, a menudo con intención homicida, por parte de adversarios visibles de la Iglesia de Cristo, sumados de embestidas diabólicas, y ya no podrá tener una residencia estable. Comenzó a alternar períodos de misión apostólica —como las llevadas a cabo en el territorio de las Islas Baleares—, con los de exilio —como los once años que pasó en Francia.

Sin embargo, el sacerdote carmelita nunca cedió ante las presiones de sus adversarios: por medio de la oración, del exorcismo, de la polémica y

de la predicación, sostuvo una batalla sin cuartel.

Entre las numerosas iniciativas apostólicas que llevó a cabo destaca el boletín *El Ermitaño*, donde, además de increpar los pecados de su tiempo, registraba cierto número de sus experiencias místicas, algunas de las cuales, en el contexto de revelaciones privadas, pueden considerarse verdaderas profecías.

La fuerza de este indómito luchador procedía de sus frecuentes meditaciones y su asiduo recogimiento. De vez en cuando se dirigía a un islote rocoso del Mediterráneo y pasaba allí días enteros en soledad. Estos retiros en la isla de Es Vedrá resultó en un gran número de contactos sensibles entre el Beato Palau y la Jerusalén celestial. En 1860, su amada comenzó a aparecersele en forma de doncella con la que mantenía conmovedores diálogos, como relata en su obra póstuma *Mis relaciones con la Iglesia*.

Finalmente, informado de que una epidemia assolaba su región natal, se apresuró a administrar los sacramentos

a los enfermos. Su salud, no obstante, ya quebrantada por las incesantes actividades y las prolongadas penitencias, sufrió un golpe decisivo en el ardor de esa misión. Llegado a Tarragona el 10 de marzo de 1872, el paladín de la Santa Iglesia entregó su alma a Dios el día 20. Había pasado toda su vida en combate por aquellos a quienes tanto amaba: Dios y el prójimo.

Reconocida la ortodoxia de sus escritos y la santidad de su vida, fue beatificado el 24 de abril de 1988.

Divina didáctica

Vistos algunos rasgos biográficos del Beato Palau, podemos pasar a considerar sus místicas relaciones con la Santa Iglesia.

Al mismo tiempo que el divino Redentor le hacía penetrar en el misterio de su unión con los hombres manifestado en su Esposa Mística —a quien había buscado desde su juventud—, el alma del santo carmelita ansiaba cada

*El amor a la Iglesia
era la razón de su
existencia, y la veía
bajo la forma de una
doncella, con la que
mantenía sentidos
coloquios*



Reproducción

Beato Francisco Palau; de fondo, islote de Es Vedrá, Ibiza (España)

vez más contemplar su verdadera fisonomía. Y el Señor atendió ese noble deseo con refinamientos de sutileza y —por qué no decirlo— de didáctica.

En efecto, al ser una realidad espiritual sublime, la Iglesia supera la capacidad de comprensión humana. Por eso muchas de sus perfecciones le fueron presentadas al beato en la persona de distintos personajes de la historia sagrada. A continuación, enumeraremos algunos de ellos.³

Figuras vivas de la esposa del Cordero

En marzo de 1865, el carmelita fue a la isla de Ibiza para predicar una misión. Pensando que estaba solo, se sorprendió al toparse con una hermosa

joven vestida de pastora. Sorprendido, el beato le preguntó por su identidad.

—Yo soy Raquel —le respondió ella.

Reconociendo en la hija de Labán (cf. Gén 29, 5-10) la figura de su amada, el sacerdote le indagó:

—Cuando me veas solo, ¿estarás conmigo?

A la respuesta positiva, la pastora añadió:

—Y también cuando estés en compañía, porque yo soy los prójimos unidos entre sí por amor, bajo Cristo, mi cabeza; y cuando estás con ellos estás conmigo, y yo en ti.

Una vez más, le preguntó el misio-nero:

—Cuando estoy solo, ¿quién eres tú, oh amabilísima compañera?

—Yo soy entonces la congregación de todos los ángeles y santos del Cielo y de la tierra bajo Cristo, mi cabeza.

De hecho, la joven cumplió su promesa. Durante una misión, el día 2 de abril, el P. Palau se encontró nuevamente ante la misma doncella, que le dijo:

—Yo soy la hija de Labán, y esas gentes que corren tras de ti [...] son el ganado que apaciento en los bosques de ese mundo.

El 3 de marzo de 1866, el beato se encontraba en las ruinas de un castillo, cuando se topó con la figura de Ester, que representaba la potestad regia de la esposa de Cristo. Después

de hacerle varias comunicaciones sobre la Orden de Nuestra Señora del Carmen, para los últimos tiempos, la soberana afirmó:

—Sobre las ruinas del imperio infernal yo me levantaré en gloria, y en las ruinas de mi santuario yo edificaré mi alcázar imperial con una gloria cual nunca la haya tenido sobre la tierra.

En los días siguientes, la Iglesia volvió a dirigirse al P. Palau, esta vez en la figura de la jueza que lideró a los hijos de Israel en la guerra contra Jabín y su general Sísara (cf. Jue 4).

La dama le dijo:

—Yo soy Débora. ¡Muera Jabín y Sísara, abajo los demonios! Como Sísara fue clavado en tierra por un clavo por manos de Jahel, así Belcebú y sus príncipes caerán a mis manos y van a ser lanzados al abismo.

Y agregó:

—Presenta en mi nombre sobre el altar por precio de redención el cuerpo y sangre de Jesús, mi Esposo, y lanza al infierno los demonios, porque en la batalla han sido derrotados y vencidos.

Por medio de estas figuras, la Providencia quiso revelar al Beato Palau las perfecciones de la esposa del Cordero. Otros aspectos de ella se mostraron personificados igualmente en Rebeca, que con ternura y habilidad favoreció a Jacob (cf. Gén 27, 6-29); en la casta viuda Sara, que tuvo siete maridos asesinados por Asmodeo y que finalmente pudo casarse tras encontrar un varón puro y digno, Tobías (cf. Tob 3, 8); y también en la terrible Judit, que le cortó la cabeza al impío Holofernes (cf. Jdt 13, 3-11).

María Santísima: el modelo perfecto

Sin embargo, aunque fueran auténticas imágenes de la Iglesia, estas damas la representaban parcial e imperfectamente. Era necesario que el P. Palau conociera a la única criatura capaz de contener en sí la totalidad de las perfecciones morales de la esposa de Cristo.



Morio60 (CC by-sa 2.0)

Alegoría de la Iglesia - Museo de l'Œuvre Notre-Dame, Estrasburgo (Francia)

A través de figuras emblemáticas del Antiguo Testamento, quiso la Providencia revelar al P. Palau las perfecciones de la esposa del Cordero

Una noche, mientras se encontraba en el monte Vedrá, el sacerdote carmelita percibió, de forma confusa y velada, la presencia de su amada bajo la forma de una figura hasta entonces desconocida.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó él.

—Yo soy María, la Madre de Dios.

«Dicho esto, se abrieron los cielos, se desvanecieron las sombras y figuras», narra el beato. Durante el diálogo, la Virgen Santísima le aseguró que en adelante sería en Ella donde el carmelita contemplaría la Iglesia, aunque sus otras imágenes seguirían visitándole.

Efectivamente, al cabo de un tiempo Rebeca apareció nuevamente, explicándole los motivos del cambio:

—Las demás mujeres y yo representamos la Iglesia muy imperfectamente; y en los principios convenía para tu bien que fuésemos Judit, Raquel, Ester, Débora, yo, y otras las que en ti empezáramos la obra. Ahora ya crees y por tu fe puedes ver otra cosa más perfecta. [...] María Virgen es el único tipo, la única figura que en el Cielo representa con más perfección la Iglesia santa, porque criada y formada para este fin, es, tanto en el orden moral y espiritual como en el físico y material, la obra más acabada y perfecta de la sabiduría y omnipotencia de Dios.

Años más tarde, el beato explicaría esta realidad con las siguientes palabras: «Sólo María, Madre de Dios fue virgen y madre; y en estas perfecciones es la sola que nos figura la pureza, virginidad y maternidad de la Iglesia. Esta es virgen, porque en su concepción, en sus partos, obra en ella el Espíritu Santo; es madre fertilísima que cuenta por hijos todos los preordenados para la gloria».



Nuestra Señora de las Virtudes - Casa del Beato Palau, Aitona (España)

Sólo María puede representar con perfección la Iglesia santa, porque es la obra más acabada de la sabiduría y de la omnipotencia de Dios

Iglesia santa, católica, apostólica... ¡y marial!

Impresiona constatar la armonía existente entre los escritos del Beato Palau y las enseñanzas del magisterio eclesial. De hecho, reconociendo a Nuestra Señora como «tipo y ejemplar acabadísimo»⁴ de la esposa mística de Cristo, el Concilio Vaticano II afirma: «En el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre».⁵

A su vez, el *Catecismo de la Iglesia Católica*⁶ recuerda que la Madre de Dios representa a la Iglesia no sólo en lo que es, sino en lo que será; en otras palabras, reconoce que el Cuerpo Místico de Nuestro Señor, a través de un crecimiento continuo en gracia y santidad, alcanzará su plenitud cuando se asemeje enteramente a la Inmaculada.

En este sentido, haciendo nuestros los ardientes deseos del Beato Palau por la glorificación de la Iglesia, hemos de preguntarnos: ¿cuándo la humanidad tendrá la dicha de contemplar, en la esposa mística de Cristo, la fisonomía de la Madre de Dios?

San Luis María Grignon de Montfort profetiza una era en la que «las almas respirarán a María tanto como los cuerpos respiran el aire».⁷ Sin duda, cuando esto suceda, podremos referirnos a la Iglesia no sólo como una, santa, católica y apostólica, sino también como marial. Será entonces el gran *Nunc dimittis* de las almas fieles: «Ahora, Señor, puedes dar por concluida la historia, pues todas las glorias de tu esposa han sido plenamente manifestadas». ✧

¹ SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 48, a. 2, ad. 1.

² BEATO FRANCISCO PALAU Y QUER. «Mis relaciones con la Iglesia». In: *Obras selectas*. Burgos: Monte Carmelo, 1988, p. 350.

³ Los hechos narrados a continuación, así como los diálogos reproducidos, han sido tomados de la obra *Mis relaciones con la Iglesia*, citada anteriormente.

⁴ CONCILIO VATICANO II. *Lumen gentium*, n.º 53.

⁵ *Idem*, n.º 63.

⁶ Cf. CCE 972.

⁷ SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT. «Traité de la vraie dévotion à la Sainte Vierge», n.º 217. In: *Œuvres Complètes*. Paris: Du Seuil, 1966, p. 634.

Fotografía en piedra de la mentalidad de un ángel

¿Qué encontramos en el Mont Saint-Michel? ¿Solamente un pueblo, una fortaleza, una abadía llena de bendiciones? En realidad, se trata sobre todo de un lugar donde se siente la celestial presencia de San Miguel, sea por el ambiente, sea por su historia.

✠ João Luis Ribeiro Matos



Estamos frente al Mont Saint-Michel. Contemplamos estupefactos este gigante de piedra que surge de las entrañas rocosas hasta rasgar los cielos. Desde lo alto, una reluciente imagen del arcángel Miguel preside la construcción. Síntesis de delicadeza y fuerza, divisa impasible tanto la amenaza de las tempestades marinas como la reaparición de las llanuras, verdes y tranquilas.

Tal grandeza atrae a multitudes de todo el mundo. Todos quieren ver el histórico monasterio rodeado de murallas y torres, la magnífica fortaleza habitada por monjes. Acuden maravillados no sólo por lo imponente de la edificación, sino también porque en todo el entorno flota «una impresión sobrenatural que nos hace sentir la presencia de San Miguel».¹ En otras palabras, si quisiéramos definir toda la construcción en su conjunto, diríamos metafóricamente, parafraseando al Prof. Plinio Corrêa de Oliveira,² que se trata de una fotografía en piedra de la mentalidad de un ángel.

Como todo lo que se acerca a lo sagrado, también este monte, con su historia, constituye un verdadero misterio. ¿Cómo resistieron sus construcciones —cuyos orígenes se remontan a la época de las invasiones bárbaras—, expuestas a todo tipo de vientos, lluvias y terremotos, situadas en la línea de combate entre Francia e Inglaterra, naciones a menudo enemigas, profanadas por la furia hedionda de la Revolución francesa?

Preguntas como éstas nos animan a buscar en las crónicas locales una explicación. Sin embargo, mientras la inteligencia humana plantea problemas de carácter político y geológico, la fe hace volar nuestro espíritu a alturas más elevadas. ¿Qué impulsó a los primeros ermitaños a aislarse de la civilización en este lugar entonces inhóspito y salvaje? ¿Por qué tomaron a San Miguel como protector?³

En sueños, un anuncio angélico

Empecemos por este último punto. Analizar la íntima relación entre el arcángel guerrero y la historia de la

abadía parece ser la forma más adecuada de comprender en profundidad la sucesión de los acontecimientos ocurridos en un espacio de tiempo ya milenario.

Los primeros albores de esta larga epopeya se remontan a principios del año 708. Mientras regiones de Europa eran violentamente disputadas por bárbaros que querían establecer sus territorios, la pequeña ciudad de Avranches —situada en la costa noroeste de Francia— seguía siendo una tierra segura. No muy lejos del pueblo se podía avistar un monte. Separado de la localidad por un denso bosque,⁴ había sido lugar de culto de celtas y romanos, pasando después a ser el hogar de unos cuantos ermitaños que, a partir del siglo v, abrazaron una vida de completa soledad en ese sitio.

Guiaba a las almas de la pequeña población un hombre piadoso y de gran virtud, San Autberto. Elegido obispo, adoptó la costumbre de retirarse con frecuencia al monte para rezar.

Una noche, recibió en sueños un anuncio de San Miguel, ordenándole

que construyera un templo en su honor, en ese apartado refugio. Tal vez asustado por el arriesgado encargo, el obispo esperó con escepticismo una señal. Otro día, el ángel se le apareció nuevamente mientras dormía, sin resultado. Una tercera vez, el espíritu celestial le instó el cumplimiento de la misión, en esta ocasión con más vigor, tocando con el dedo la cabeza del prelado. Cuando despertó, notó una concavidad en su cráneo... Finalmente convencido, Autberto se apresuró a llevar a cabo el mandato angélico.

Para ello, fueron enviados dos clérigos al monte Gargano (Italia). En este sitio hubo una aparición de San Miguel en el 492, de la cual se conservaron dos milagrosos recuerdos: el mármol del suelo, que conservaba las huellas del ángel, y una capa roja, dejada por el celestial visitante. Tras seis meses de viaje, los enviados regresaron portando fragmentos de ambas reliquias. Se estableció así el vínculo entre San Miguel y su monte.

Pronto se construyó un oratorio en cumplimiento de la solicitud del arcángel, un tierno retoño que, regado por la fe robusta de un hombre que creía en lo inesperado, comenzó a atraer a los peregrinos. Sus nombres —de entre los que cabe destacar el del emperador Carlomagno— fueron registrados por los monjes a lo largo de los siglos IX y X.

Ahora bien, podemos decir que la primera «floración» del monte tuvo lugar con la llegada de los benedictinos en el 966. Bajo la dirección del abad Maynard, los hijos del patriarca de Occidente se establecieron allí y ampliaron las construcciones existentes. Se edificó un auténtico monasterio, capaz de albergar entre cuarenta y sesenta monjes. Siguiendo la costumbre de la orden, religiosos y peregrinos no ocupaban el mismo espacio. Había una capilla superior reservada al canto del oficio y otra, en un plano menos elevado, abierta a los visitantes.

Apogeo intelectual y político

En medio de la rutina determinada por la regla de San Benito, un acontecimiento cambió la historia del monasterio.

Era el comienzo del siglo XI, hacia el año 1010. Durante algunas reformas realizadas en la abadía, encontraron un esqueleto que había acabado en una caja. Analizándolo un poco, notaron algo singular: el cráneo presentaba un agujero considerable. Los numerosos milagros que ocurrieron entonces atestiguaban que se trataba de una reliquia auténtica del abad Autberto. Y la marca del dedo invisible del arcángel era una prueba de que continuaba guiando los acontecimientos en aquel mítico lugar.

Con tal descubrimiento, la fama de este recinto sagrado se extendió por toda Europa y el número de peregrinos creció admirablemente. Su celebridad empezó a exigir construcciones más grandes. En 1023, los monjes comenzaron la edificación de una iglesia románica de ochenta metros de altura, duplicando así el tamaño de la elevación del terreno.

Si en el siglo VIII, con la acción de San Autberto, el monte era una tierra ajena a la civilización, en el siglo XII conoció el inicio de su apogeo y se convirtió en un centro intelectual de la Europa cristiana.

De *Monte de la tumba*, como era conocido cuando fue dominado por los celtas, pasó a llamarse *Ciudad de los libros*. Con el impulso de Robert de Thorigny, elegido abad en 1154, los religiosos produjeron una biblioteca con aproximadamente ciento cuarenta obras, y algunos afirman haber sido la más grande de Occidente en el período medieval. Poseyendo un acusado tino artístico, los monjes copiaban e ilustraban obras no sólo religiosas, sino también de distintas áreas del conocimiento, como geometría, matemáticas, astronomía e historia.

Con su inigualable ciencia, anterior al florecimiento de grandes uni-

versidades, el monasterio de San Miguel continuó creciendo en poder e influencia hasta merecer la atención de muchos soberanos. En 1158, por ejemplo, el rey de Inglaterra, Enrique II, y Luis VII de Francia, que estaban en guerra, se reunieron en el monasterio para fijar el límite de sus territorios y firmar un tratado de paz.

Sin embargo, aunque la abadía simbólica ya tenía un gran esplendor intelectual y político, no podemos decir que hubiera alcanzado su apogeo. Aún le faltaba la marca del heroísmo.

Tribulaciones, ataques y triunfos

San Miguel, como arquetipo del ángel luchador, deseaba que su pe-



Plyx (CC by-sa 4.0)

A finales del siglo V, San Miguel se le apareció a San Autberto, a quien le encargó la construcción de un templo en su honor

Relicario que contiene el cráneo perforado de San Autberto - Basílica de San Gervasio, Avranches (Francia).
En la página anterior, vista del Mont Saint-Michel (Francia)

queño reducto conquistara por las armas la corona de la gloria. Por lo tanto, los enfrentamientos y asedios constituyeron la siguiente página de esta historia —en muchos sentidos, la más hermosa.

La determinación y el valor de esos hombres, cualidades esenciales para obtener el triunfo en una guerra, ya habían quedado demostradas con anterioridad. Entre los siglos XI y XII, el monasterio vio derrumbarse la mitad de sus edificios al menos tres veces, pues la fragilidad del terreno lo hacía vulnerable a cualquier terremoto. Como si eso no fuera suficiente, también sufrió incendios devastadores. Tales adversidades sirvieron como un gradual entrenamiento para los habitantes de la ciudadela San Miguel.

En 1066, Guillermo el Conquistador, duque de Normandía y aspirante al trono de Inglaterra, cruzó el canal de la Mancha para reclamar sus derechos de soberano sobre la gran isla. El abad de la época lo ayudó, enviando seis barcos equipados, y el monte fue anexado entonces al reino inglés bajo el dominio del monarca victorioso.

Al cabo de unos ciento cincuenta años, mientras que las naciones de Europa fijaban cada vez más su identidad, el arcángel empezó a temer que su querida posesión nunca más volvería a

pertenecer a la Hija Primogénita de la Iglesia... Pero ciertamente gracias a su intercesión, en los primeros años del siglo XIII, Guy de Thouars, aliado del rey Felipe Augusto, reconquistó Normandía, y el monte volvió a ser francés.

La victoria, no obstante, dejó graves secuelas en la construcción. Las llamas consumieron parte del edificio y era urgente una restauración. Le correspondió al abad Jourdain, con la ayuda del rey de Francia, iniciar la reparación de las partes dañadas.

Al mismo tiempo, se erigió una monumental muralla de cuarenta metros para proteger el monasterio de nuevos ataques. En la época en que lo práctico y lo bello iban de la mano, el enorme muro de defensa también se convirtió en una obra maestra de la arquitectura gótica. En su interior había grandes salones, un refectorio y un claustro, cerrados a la vista de los hombres y abiertos solo al cielo. Al concluir las obras, la magnificencia de la abadía le valió el nombre de *La Maravilla*.

Aún preocupados por los posibles enfrentamientos que el futuro les depararía, los abades que se sucedieron a partir del siglo XIII transformaron poco a poco el Saint-Michel en una auténtica fortaleza. Una nueva y poderosa muralla, intercalada de grue-

sas torres, fue levantada en el perímetro del monte para proteger el pueblo establecido en su falda, mientras que un pequeño fuerte empezó a controlar la parte superior.

De hecho, nuevos ataques asaltaron el monasterio con la llegada de la Guerra de los Cien Años. Lenta y sanguinaria, asoló sin piedad el suelo francés y, una vez más, la isla de San Miguel se vio rodeada de hierro y fuego.

En 1415, las tropas de Enrique V avanzaron hacia Normandía y tomaron casi todo el norte de Francia, a excepción del Mont Saint-Michel. Durante veinte años, los ingleses intentaron en vano apoderarse de ese desafiante símbolo de resistencia. El sistema de defensa era completo y, sobre todo, el arcángel nunca había abandonado su propiedad. En una ocasión, por ejemplo, una milagrosa tempestad arrojó a la mayoría de los barcos ingleses contra las rocas de la isla. Al parecer, San Miguel no quería ver su bastión nuevamente en manos que, poco más de un siglo después, se volverían heréticas.

Transformada en prisión

Una nueva gloria fue añadida a la historia de la abadía. Entre 1446 y 1521, la iglesia abacial se ennoblecó



Juan Pablo Cadavid Arango



Zairon (CC by-sa 4.0)



Antoine Lamielle (CC by-sa 4.0)

Debido a los asedios y enfrentamientos que sufrió a lo largo de los siglos, la ciudadela de San Miguel se convirtió poco a poco en una auténtica fortaleza, y fue creciendo cada vez más en grandeza y belleza

Aspectos de las construcciones del Mont Saint-Michel

con la edificación de un nuevo coro. El primero, elaborado en estilo románico por monjes en el siglo XI, había sido destruido durante la Guerra de los Cien Años y en su lugar se levantó una extraordinaria construcción gótica, que aún hoy impresiona por su grandeza, claridad y levedad.

Ahora bien, con la misma paciencia con la que había resistido tantas adversidades, el glorioso monte contemplaría impasible el cambio de mentalidad que determinó el declive de la civilización cristiana.

En el siglo XVII, Francia resplandeció en el cielo de Europa con el reinado de Luis XIV. Sin embargo, aunque el mundo lo evoca con razón como el Rey Sol, podemos decir que durante su gobierno para el monasterio se inauguró un período de tinieblas. Por mandato real, la construcción debía confinar a presos políticos y a los monjes se les asignó el papel de carceleros.

Unos cien años después, la Revolución francesa puso sus garras en el monte para mancillarlo lo máximo posible. Como primera medida, la Asamblea Constituyente de 1789 abolió las órdenes religiosas y expulsó a los benedictinos. Ese lugar sagrado, que había repelido brillantemente los ataques ingleses, fue profanado con el sello de la tiranía... en nombre de la «libertad»¹. En 1793 todos los recintos se transformaron en celdas penitenciarias, incluida la iglesia. En ella muchos comían, trabajaban, dormían... Un hecho desgarrador escarneció la fe católica, fundamento que había sostenido el edificio durante tantos siglos: las primeras víctimas

del lugar de tormento fueron trescientos sacerdotes.

Tragedia, luto, consternación. ¿Cómo reaccionaría el defensor de la Santa Iglesia y fiel patrón del monte?

Restauración y nuevo esplendor

En su misterioso proceder, inaccesible a cualquier inteligencia creada, Dios hace que a menudo nos hallemos ante un aparente distanciamiento de su parte. El mal parece triunfar sobre aquellos que están bajo el cuidado del Señor de los ejércitos. No obstante, cuando nos distanciamos de los acontecimientos, nos damos cuenta de que detrás de esa desconcertante situación se escondía una sabiduría infinita.

El Mont Saint-Michel es un ejemplo vivo de esta realidad. Después de las profanaciones revolucionarias el monte quedó desfigurado y la abadía, irreconocible. En un mundo donde la fe de antaño ya no brillaba, reconstruir esa monumental reliquia del pasado parecía un sueño sin esperanza. Sin embargo, entre los siglos XIX y XX, movidos por un celo de recuerdos históricos y, sin duda, impulsados por una gracia de la que tal vez no eran conscientes, arqueólogos y arquitectos se lanzaron en esta empresa, en la que destacaron profesionales como Édouard Corroyer, Víctor Petitgrand y Paul Gout.

Actualmente, la abadía muestra su verdadera y añorada fisonomía. El esplendor del monasterio es comparable al de los gloriosos días de la Edad Media, e incluso lo supera,



Tras haber sido desfigurado durante la Revolución francesa, hoy el monte ostenta su verdadera fisonomía, añadida con nuevos esplendores

San Miguel Arcángel - Abadía del Mont Saint-Michel (Francia)

pues lo que sería considerado osado por los medievales fue puesto en práctica: una flecha se eleva sobre las torres, sosteniendo una imagen dorada de San Miguel, obra del escultor Emmanuel Frémiet. Aquel que durante siglos gobernó el monte desde «detrás de las nubes» es glorificado y visible a los ojos de todos.

Se diría que la gran aventura iniciada por San Autberto había concluido. Con todo, no olvidemos que la historia del monte es un libro abierto. El santo arcángel, sin duda, seguirá escribiendo esta epopeya en las páginas en blanco de los siglos futuros. ✧

¹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferência*. São Paulo, 16/10/1970.

² Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferência*. São Paulo, 6/12/1980.

³ Los datos históricos contenidos en el presente artículo han sido tomados de: CHRIST, Yvan. *Cent heures au Mont-Saint-Michel*. Paris: Vilo, 1976; ENAUD, François. *Le Mont Saint-Michel*. Paris: Olivier Perrin, 1950; GUILLO,

Lomig. *Les secrets du Mont Saint-Michel. Enquête sur 1.300 ans d'histoire et de légendes*. Paris: Prisma, 2017.

⁴ Aunque no hay unanimidad entre los historiadores, algunas fuentes narran que ese bosque situado junto al mon-

te fue sumergido por un violento terremoto en tiempos de San Autberto, dejando aislado el monte tal y como lo conocemos hoy.

⁵ En ese período, el Mont Saint-Michel pasó a ser llamado irónicamente *Mont-Libre*.

Escudo y espada de la Iglesia

Suscitado por Dios para proteger a la Iglesia y a los hombres contra las embestidas diabólicas, San Miguel Arcángel es el caballero arquetípico de la milicia celestial, el paladín de los planes divinos.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira



Respecto a San Miguel Arcángel, tenemos una breve nota: «San Miguel, príncipe de la milicia celestial, en la batalla que tuvo lugar en el Cielo luchó contra los ángeles rebeldes. A él le compete continuar esta lucha para liberarnos del demonio. De él dependen los ángeles de la guarda. Es el ángel protector de la Iglesia y quien presenta al Padre eterno la oblación eucarística».

Me gustaría señalar el hecho de que San Miguel haya comandado la lucha contra el demonio y lo precipitara al infierno, y que sea el jefe de los ángeles de la guarda de individuos e instituciones. Además, él mismo es el ángel de la guarda de la institución de las instituciones, la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Podemos preguntarnos qué relación hay entre su misión de echar al infierno a los que se levantaban contra Dios, nuestro Señor, y la protección que le da a la Iglesia y a los hombres en este valle de lágrimas, en esta arena que es la vida.

Caballero leal, fuerte, puro y victorioso

Estas dos misiones se concatenan. San Miguel defendió a Dios, que qui-

so valerse de él como su escudo contra el demonio, y quiere que también sea el escudo de la Santa Iglesia y de los hombres contra las embestidas diabólicas. Sin embargo, se trata de un escudo que es, al mismo tiempo, una espada. Por lo tanto, no se limita a defender, sino que derrota y precipita al infierno. Ésta es la doble misión del arcángel.

Por ello, en la Edad Media era considerado como el primero de los caballeros, el caballero celestial, ideal y perfectamente leal, fuerte, puro y victorioso como debe ser un caballero, poniendo toda su confianza en Dios y en la Virgen.

Ésta es la admirable figura de San Miguel, a quien debemos consi-

derar como nuestro aliado natural en las luchas, porque no queremos ser otra cosa sino hombres que ejecutan, en el plano humano, su tarea, es decir, defender el honor de Dios, la gloria de la Santísima Virgen, la Iglesia Católica, la civilización cristiana, pero a nivel de contraofensiva, para postrar por tierra el imperio del demonio y establecer en esta tierra el Reino de María.

Existe, por consiguiente, una enorme afinidad entre este príncipe celestial y nuestra misión, y obran bien los que de entre nosotros quieran constituirlo en su especial patrón.

«¡Adelante, no desfallezcáis, atacad!»

En *Visiones y revelaciones completas*, de la Beata Ana Catalina Emmerich,¹ encontramos los siguientes datos:

«He visto nuevamente la iglesia de San Pedro con su gran cúpula. Sobre ella resplandecía el arcángel San Miguel vestido de color rojo, teniendo una gran bandera de combate en las manos.

»La tierra era un inmenso campo de batalla. Los verdes y azules luchaban contra los blancos; éstos, sobre los cuales había una espada de fuego, parecían que iban a sucumbir».

San Miguel era considerado en la Edad Media como el primero de los caballeros, el caballero celestial, ideal, fuerte, puro y victorioso

Los blancos eran, por supuesto, los buenos.

«No todos sabían por qué causa combatían. La iglesia era de color sangriento, como el vestido del arcángel».

¿Qué falta para que podamos decir eso de la Iglesia?

«Oí que decían: “Tendrá un bautismo de sangre”. Cuanto más se prolongaba el combate, más se apagaba el vivo color rojo de la iglesia y se volvía más transparente».

La purificación estaba haciendo de ella algo de diáfano, de puro.

«El ángel descendió y se acercó a los blancos. [...] Éstos cobraron gran valor, sin saber de dónde les venía. El ángel derrotó a los enemigos, los cuales huyeron en todas direcciones. La espada de fuego que estaba sobre los blancos desapareció».

Era una especie de acción diabólica, de maldad que oprimía a los blancos.

«En medio del combate aumentaban las filas de los blancos: grupos de adversarios se pasaban a ellos».

Cristalizaciones, pánicos, conversiones.

«Y una vez se pasaron en gran número».

¿Qué ocasión es ésa en la que se pasa un gran número? ¿Qué hecho será ése? Lo sabremos, si Dios quiere.

«En el campo de batalla había, en el espacio, legiones de santos que hablaban con las manos, diferentes entre sí, pero animados por un mismo espíritu».

Son signos que exhortan: «¡Adelante, avanzad, no desfallezcáis, atacad!», mientras, abajo los buenos luchan bajo este aliento. El Cielo entero está abierto a los buenos, y ellos derrotan a los malos para instaurar el Reino de María.

Mediador de la oración litúrgica de la Iglesia

También tenemos una ficha de Dom Guéranger² sobre la vocación contemplativa de los ángeles:

«De manera que la Iglesia considere a San Miguel como el mediador de su oración litúrgica: está entre Dios y los hombres. Dios, que distribuyó



San Miguel, de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)

Mediador entre los hombres y la divinidad, el arcángel que gritó «¿Quién como Dios?» se presenta como un modelo de humildad perfecta

con un orden admirable las jerarquías invisibles, emplea por opulencia en la alabanza de su gloria el ministerio de estos espíritus celestes, que están mirando continuamente la cara adorable del Padre y que saben, mejor que los hombres, adorar y contemplar la belleza de sus perfecciones infinitas.

San Miguel Arcángel es quien presenta la oblación eucarística al Padre eterno. Y así es como se apareció en Fátima, a los pastorcitos: con el cáliz en la mano.

«Mi-Ka-El: “¿Quién como Dios?”. Expresa este nombre por sí solo, en su brevedad, la más completa alabanza, la adoración más perfecta, el agradecimiento más acabado de la superioridad divina, y la confesión más humilde de la nada de la criatura».

Se presenta, por tanto, como modelo de humildad. Porque quien exclama que nadie es como Dios, afirma que no es nada. Y en esto consiste la humildad perfecta. La forma de humildad propia del caballero no se parece en nada a la del «herejía blanca»: «Ah, tú eres más que yo...». No. Se trata de lo siguiente: «Dios es todo y nadie es nada. Ahora, a partir de ahí, hablemos».

Modelo de contemplación

«La Iglesia de la tierra invita también a los espíritus celestiales a bendecir al Señor, a cantarle, a alabarle, y a ensalzarle sin cesar. Esta vocación contemplativa de los ángeles es el modelo de la nuestra, como nos lo recuerda un bellissimo prefacio del sacramentario de San León: “Es verdaderamente digno darte gracias, a ti, que nos enseñas por tu Apóstol que nuestra vida es trasladada al Cielo; que con amor nos ordenas transportarnos en espíritu allá donde sirven los que nosotros veneramos, y dirigirnos a las cumbres que en la fiesta del bienaventurado arcángel Miguel contemplamos con amor”».

He aquí un rasgo de devoción a los ángeles que conviene señalar.

Los ángeles son habitantes de la corte celestial, donde viven en eterna contemplación de Dios cara a cara. Y las visiones de todos los grandes místicos nos dicen que hay fiestas en el Cielo, y que son verdaderas solemnidades. No son imágenes ni quimeras, sino auténticas celebraciones en las que Dios manifiesta sucesivamente su grandeza y los ángeles lo aclaman con nuevos triunfos, que nunca terminan.

Hay una felicidad en el Cielo —la patria de nuestra alma, el orden mismo de las cosas para el cual hemos sido creados— que corresponde plenamente a nuestras aspiraciones. Algo de este sentimiento de bienaventuranza celestial por la contemplación cara a cara de Dios, que es la perfección absoluta, puede y debe pasar a la tierra. En tiempos de verdadera fe, algo de esta felicidad filtra, algo de esta piedad es sentida y comunicada por las almas más notablemente piadosas, como un tesoro común para toda la Iglesia.

Deseo de las cosas celestiales

Esto es lo que tanto falta hoy día, de modo que la gente no tiene idea de la felicidad celestial. Y sin esta idea no se posee apetencia del Cielo, y las personas se regodean en la pura apetencia de los bienes terrenales. Pero si pudieran comprender por un momento en qué consiste una consolación, una gracia del Espíritu Santo, este tipo de felicidad que comunica la consideración de los bienes celestiales, entonces comenzaría el desapego de los bienes de la tierra, llegaría la comprensión de cómo todo es transitorio, cómo todo carece de importancia, cómo hay valores que están por encima de las cosas terrenales y las convierten en un poco de polvo.

Es exactamente eso lo que los santos ángeles pueden conseguir para nosotros, ellos que están inundados de esa felicidad, que de vez en cuando se comunica a los santos. Hay un



El Dr. Plinio en una conferencia en 1983

Sergio Miyasaki

tipo de fenómeno místico que se manifiesta como un concierto muy lejano, de una armonía maravillosa y extraterrenal. Santa Teresa del Niño Jesús recibió esa gracia e incluso la menciona en *Historia de un alma*. Es algo del cántico eterno de los ángeles que llega, de esa forma, a los oídos de los justos, para darles la apetencia de las cosas del Cielo.

En nuestra época, esa apetencia falta de manera fabulosa. A la gente sólo le interesa y entusiasma las cosas de la tierra, el dinero, el politiquero, el mundanismo, las trivialidades de las noticias cotidianas, pero no les emocionan las cuestiones elevadas, doctrinarias y, menos aún, las realidades específicamente celestiales.

Pidámosles a los ángeles que nos comuniquen el deseo de las cosas celestiales, de las que están inundados. Ésta es una excelente intención para presentarla en la fiesta de San Miguel Arcángel, junto con la petición de que nos haga sus imitadores, perfectos caballeros de la Virgen en esta tierra. ✧

Extraído de: *Conferencia*.
São Paulo, 28/9/1966.

*Los ángeles viven
inundados de
felicidad celestial, y
pueden obtenernos
la gracia de adquirir
una verdadera
apetencia del Cielo*

¹ BEATA ANA CATALINA EMMERICH. *Visiones y revelaciones completas*. 2.ª ed. Buenos Aires: Guadalupe, 1953, t. I, p. 607.

² GUÉRANGER, OSB, Prosper. *El Año Litúrgico. El Tiempo después de Pentecostés. Segunda parte*. Burgos: Aldecoa, 1956, t. V, pp. 490-491.

³ Expresión forjada por el propio Dr. Plinio para describir la mentalidad, común en ciertos ambientes católicos a partir del siglo XVIII, de quienes consideran la religión con un optimismo sistemático, como si el pecado original y el mal no existieran, hipótesis cuya formulación constituiría una verdadera herejía y que conduce a una falta de vigilancia y de combatividad en relación con los defectos morales propios y ajenos.

Vínculo entre ángeles y hombres «angelizados»

Cuando los medievales se referían a los ángeles, a menudo hablaban de caballería angélica. Decían que los espíritus celestiales fueron los primeros caballeros, porque lucharon contra los primeros malos, los ángeles rebeldes.

No nos resulta fácil comprender cómo fue el *praelium magnum*, esa gran batalla librada en el Cielo entre los ángeles y los demonios. ¿Cómo lucha un puro espíritu contra otro? ¿Cuáles son los recursos de un espíritu para vencer a otro, hasta el punto de precipitarlo al infierno? ¿Cómo sucede la expulsión de un espíritu por otro de un determinado lugar?

Ciertamente, esta guerra se desarrolló de una manera intrínsecamente mucho más noble que las cruzadas. Aquellos espíritus angélicos, en el momento en que se disponían a luchar contra los demonios, eran confirmados en gracia y conquistaban para siempre jamás la corona eterna.

El jefe de esta caballería celestial es el arcángel San Miguel, quien, constituido patrón de los caballeros, resume en sí todo el espíritu de las cruzadas, de la caballería y, en consecuencia, todo el espíritu de la Edad Media.

Creemos que es muy noble que alguien derrame su sangre por una gran causa. Pero la nobleza de un espíritu como San Miguel, desplegando toda su fuerza contra el demonio, ¡es inimaginable! La belleza del príncipe de la milicia celestial es tal que el intelecto humano se revela incapaz de captarla, aunque de algún modo puede sospechar, vislumbrar, conjeturar,

como un escalón para imaginarnos la infinita perfección de Dios.

Sin duda, también en esta guerra incruenta en la que estamos enrolados —guerra psicológica, de gracias y carismas contra tentaciones e insidias diabólicas, del espíritu de inocencia contra el de complicidad y toda clase de indecencia, de crimen y de fraude de la Revolución— hay mucha más nobleza que en la propia caballería terrena.

Sin embargo, no podremos contrarrestar la ofensiva revolucionaria a menos que seamos tales que los ángeles se reconozcan afines a nosotros y nuestros aliados naturales; a menos que establezcamos con la

caballería angélica esta consonancia por la que los celestiales guerreros vienen a luchar con nosotros y en nosotros con naturalidad, como si el abismo que nos separa de ellos no existiera.

Ese vínculo entre ángeles y hombres, y de hombres, por así decirlo, «angelizados», actuando sobre la opinión pública en el sentido contrarrevolucionario, en continuidad con la caballería celestial, es lo que debe caracterizarnos. ✧

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Dr. Plinio*.
São Paulo. Año XXI.
N.º 246 (set, 2018); p. 4.



Gustavo Krell

Sólo podremos contrarrestar la ofensiva revolucionaria si somos tales que los ángeles se reconozcan afines con nosotros y nuestros aliados en la batalla

Detalle de «El Juicio Final», de Giotto di Bondone - Capilla de los Scrovegni, Padua (Italia)



SAN JOSUÉ

Conducirás a este pueblo a la tierra prometida

«Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el Espíritu, imponle tu mano. Comunícale parte de tu autoridad, para que le obedezca toda la comunidad de los hijos de Israel». Estaba todo dicho: sobre Josué descansaría el cumplimiento de la promesa.



✠ **Luis Felipe Marques Toniolo Silva**

En cierta ciudad del antiguo Egipto se observaba una escena espeluznante. Era el comienzo de la primavera, cerca de la medianoche. En varias casas humildes repartidas por la urbe, las jambas de las puertas goteaban sangre fresca.

Afortunadamente, ésta no procedía de sacrificios humanos, sino de la inmolación de corderos, consumada al atardecer con vistas a celebrar una nueva fiesta solemne que más adelante se llamaría Pascua. Este signo distinguía las viviendas de las familias hebreas, oprimidas por los egipcios durante cuatrocientos treinta años.

Quizá alguna persona se sobresaltaría al ver las puertas ensangrentadas, pero ¿qué importaba? Nadie las había pintado para que fueran vistas por los mortales. La singular marca había sido encargada por Dios mismo, quien, a través de Moisés, su profeta, había prometido que esa noche su ángel exterminador haría una pasada

—la *pascua*— por el pueblo, revisando meticulosamente casa por casa. En aquellas en las que no encontrara la señal de la sangre, sembraría la muerte: exterminaría a todos los primogénitos, incluso los de los animales.

La casa de Elisamá

Osemos anticiparnos unos minutos a la llegada del azote destructor y adentrémonos en una de las viviendas que protagonizan nuestra escena. Perteneció a la parentela de Elisamá, conspicuo líder de la tribu de Efraín.

A la luz de una antorcha, la familia consume apresuradamente un cordero preparado según las instrucciones divinas, y como si estuviera lista para una huida inminente. Una rara celebración ésa en donde los participantes no hablan ni ríen, sino que rezan, meditan, esperan.

De repente, a cierta distancia, un clamor desgarrador corta el aire: es un egipcio que acaba de constatar la muerte de su primogénito. En casa de

Elisamá, una madre angustiada estrecha instintivamente a su hijo entre sus brazos. En cuanto a éste, su actitud manifiesta tranquilidad, no porque sea un joven inconsecuente y de espíritu vacío, como buena parte de los adolescentes, sino porque posee una profunda confianza en Moisés. ¡Aquel anciano lleno de fuego le había fascinado! Para él, la palabra del profeta se había convertido en ley y sus promesas equivalían a certezas.

¿Cómo se llama ese joven? Oseas. Es nieto de Elisamá (cf. 1 Crón 7, 26-27; Núm 13, 16). Nos ocuparemos de él en breve. Por ahora, volvamos a la secuencia de los acontecimientos.

«De Egipto llamé a mi hijo»

En unos instantes, los gritos se multiplican, los gemidos se vuelven más atroces (cf. Éx 11, 6; 12, 30-33). He ahí la señal anunciada. Ha llegado la hora de la partida.

Los comensales salen de la casa a toda prisa. Allí se encuentran con

otras familias hebreas en la misma situación y todos empiezan a formar una caravana, que poco a poco va adquiriendo un aspecto desconcertante...

Escena memorable: la multitud avanza de noche hacia lo desconocido, iluminada por una milagrosa columna de fuego, dejando atrás la ciudad entre lágrimas. Delante de todos camina Moisés, como un ángel más del Señor, fundiendo su figura con aquella luz a la vez salvaje y majestuosa y llevando consigo los restos mortales de José de Egipto. Un pueblo renace de las brumas de la esclavitud, mientras que el otro se hunde en el luto. Finalmente, se cumple la profecía: de la tierra de Cam, Dios llama a Israel, su hijo (cf. Os 11, 1), y comienza el éxodo.

Oseas, por su parte, se encuentra cerca del gran profeta y procura servirle en todo lo que necesite (cf. Núm 11, 28). El vínculo entre ambos es notorio. Tal vez algún hebreo, al verlos, se pregunte qué llegará a ser ese estimable joven. Sin embargo, nadie, ni siquiera el propio Oseas, puede imaginar realmente el fabuloso futuro que le espera...

¿Y quién era ese joven?

Los hechos narrados hasta ahora tuvieron lugar en la ciudad de Ramsés, probablemente situada en la parte oriental del delta del río Nilo. Era el día 14 del primer mes de los hebreos, *Nisán* —entre marzo y abril en nuestro calendario. ¿De qué año? Quizá en la primera mitad del siglo XIII a. C., como muchos suponen...¹ pero nadie lo sabe a ciencia cierta.

¿Y el joven Oseas? Simplifiquemos un poco los esfuerzos de identificación anticipando un episodio de su vida. Cuando, años después, sea elegido por Moisés para integrar la expedición de reconocimiento de la tierra prometida, recibirá el nombre de Josué, que significa «el Señor salva»² (cf. Núm 13, 16).

Dicho esto, ruego al lector me disculpe el anacronismo, pero en adelante nos referiremos a este joven usando este nuevo nombre, con el que quedará inmortalizado.

La batalla de Rafidín

En realidad, la primera mención a Josué en las Escrituras se encuentra en el décimo séptimo capítulo del Éxodo. Allí, su figura es presentada como perteneciente al grupo de mayor confianza de Moisés. Y, de hecho, el sabio profeta le asignó desde muy joven misiones de gran responsabilidad.

Una de estas misiones tuvo lugar cuando todo Israel, estando cerca de Horeb, fue atacado por los beduinos amalecitas. Contra todo pronóstico, Moisés le ordenó, no a uno de los grandes del pueblo, sino al jovencísimo e inexperto nieto de Elisamá —también conocido como hijo de Nun— que tomara algunos hombres y saliera a combatirlos.

Mientras Josué se lanzaba a la lucha, su padre espiritual subía a una colina para rezar con los brazos en alto, una posición incómoda de mantener durante todo el intervalo de una batalla. Y el tiempo pasaba implacablemente...

Poco a poco Moisés iba perdiendo las fuerzas. Cuando sus brazos bajaban, Amalec empezaba a coger ventaja; cuando permanecían elevados, Josué tomaba la delantera. Al darse cuenta de esto, Aarón y Hur se pusieron a cada lado para sustentarlo en la posición de oración. Así, los hebreos lograron su primera victoria militar.

Se suele comparar la travesía del mar Rojo con el bautismo del pueblo elegido. Pues bien, ése había sido otro bautismo... el de fuego. Y no sólo de Israel, sino sobre todo de Josué.

Podemos imaginar un poco qué impresiones le habrían causado todos estos hechos. Hasta entonces, Moisés se configuraba el único e indiscutible guía de Israel; él naturalmente se pondría al frente del pueblo y lo comandaría bajo cualquier circunstancia. En esta última batalla, sin embargo, esto no sucedió... El discípulo se vio por primera vez «solo», teniendo que deliberar por sí mismo.

De vez en cuando, Josué miraría hacia lo alto de la colina. Entonces le venía algo de consuelo: Moisés estaba allí, de pie, rezando por él. No obstante, la presencia de los dos auxiliares que lo sujetaban indicaba una dura realidad: el profeta podía cansarse



Reproducción

Josué tenía una profunda confianza en Moisés. Para él, la palabra del profeta se había convertido en ley y sus promesas equivalían a certezas

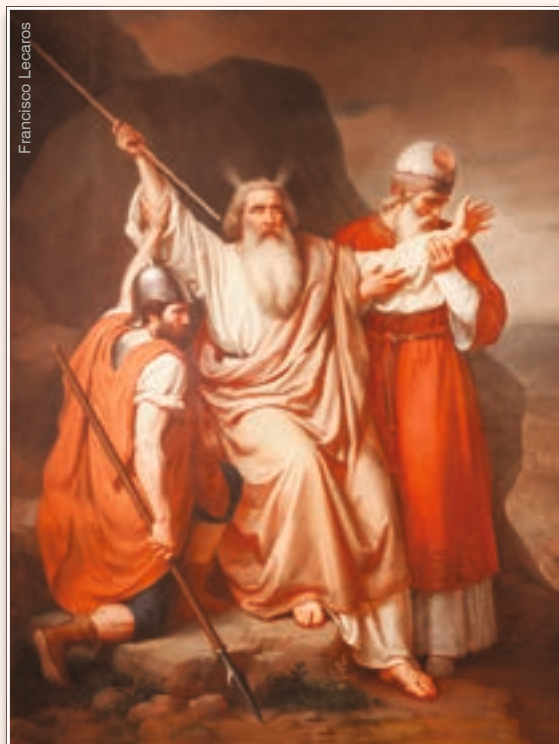
«Batalla de Josué contra los amalecitas», de René-Antoine Houasse - Museo de Bellas Artes de Brest (Francia). En la página anterior, vitral que representa a Josué

y, por tanto, era un hombre. Ahora bien, la vida biológica de todo ser humano tiene un curso inexorable, y él ya era anciano... La pregunta se le presentaba, finalmente, implacable: ¿quién introduciría a los hebreos en la tierra prometida?

Más que un líder, el fundador de una estirpe

Tales reflexiones le causaban una perplejidad muy comprensible. Después de todo, la admiración de Josué por su maestro se había vuelto ilimitada. Los prodigios realizados por él se habían sucedido a un ritmo vertiginoso: la división de las aguas del mar Rojo, el envío del maná, la «lluvia» de codornices, el brotar de agua de una roca... Todo esto no hizo más que consolidar en su alma la convicción de que Moisés era el hombre suscitado por Dios para cambiar el curso de la historia y fundar, en las tierras a las que se dirigían, una nueva civilización. Aquel varón le parecía insustituible, y de hecho lo era, pero no de la forma que imaginaba.

El Libro de los Números narra que, en cierta ocasión difícil de precisar en el tiempo,³ Moisés se quejó a Dios de que no tenía fuerzas para conducir él solo a la multitud hebrea al desierto. En respuesta, el Señor ordenó que setenta ancianos del pueblo se reunieran en la Tienda del Encuentro e hizo reposar sobre ellos una porción del espíritu del profeta. Tan pronto como lo recibieron, empezaron a profetizar, pero no continuaron. Sin embargo, sucedió que dos de los setenta hombres designados no se presentaron en torno de la tienda. Al enterarse de que estos dos estaban haciendo oráculos en el campamento, Josué se indignó: «Señor mío, Moisés, prohíbeselo» (11, 28). A



Moisés no era sólo un líder, sino el fundador de una estirpe. Y los fundadores suscitados por la Providencia se vuelven inmortales en aquellos que participan de su espíritu

Moisés durante la batalla de Rafidín, de Joaquín Ramírez - Museo Nacional de Arte, Ciudad de México

lo que le respondió: : «¿Es que estás tú celoso por mí? ¡Ojalá todo el pueblo del Señor recibiera el espíritu del Señor y profetizara!» (11, 29).

Mucho más que una lección de humildad, aquellas palabras fueron una apertura de horizontes para el hijo de Nun. Moisés no era sólo un líder, sino el fundador de una estirpe. Los hombres mueren, pero los fundadores suscitados por la Providencia se vuelven inmortales en aquellos que participan de su espíritu.

Otro Moisés

Un mes y medio después de salir de Egipto, caminando hacia el sur, los israelitas llegaron a la falda del Sinaí, el monte de Dios, donde serían testimonios de grandes manifestaciones divinas, acompañadas, ora de tormentas eléctricas, ora de eventos

telúricos similares a erupciones volcánicas.

Josué, aún joven, fue el único autorizado a acompañar a Moisés hasta la cima del monte, durante la misteriosa estancia de cuarenta días en presencia de Yahvé. Y después de esto, tuvo libre acceso a la Tienda del Encuentro, el lugar donde Dios bajaba para hablar con Moisés, «como habla un hombre con su amigo» (Éx 33, 11).

Tales privilegios, no concedidos a ningún anciano del pueblo, ni siquiera al propio sacerdote Aarón, no tenían otro propósito sino el de que Josué «debía empaparse del espíritu»⁴ del gran profeta. De hecho, la transmisión de una mentalidad se produce principalmente a través de la convivencia. El joven elegido fue introducido en esta intimidad sagrada, para vivirla con toda su intensidad y convertirse así en otro Moisés.

La revuelta, el castigo y el premio

Cuando sólo quedaban diez días para que se cumpliera un año de campamento en el Sinaí, Israel reanudó su peregrinación hacia el norte, hasta detenerse en la región del gran oasis de Cadés.

Allí ocurrió el episodio ya mencionado en este artículo, cuando Moisés envió una expedición de reconocimiento a la tierra de Canaán. En esta ocasión fue cuando la revuelta de los judíos compró el famoso castigo: aquella generación, salvo los fieles Caleb y Josué, no entraría en la tierra prometida (cf. Núm 14, 20-31). Tendrían que pasar aproximadamente treinta y ocho años en Cadés (cf. Núm 33, 36; Dt 1, 46; 2, 14).⁵

Después de un tiempo más de caminata, los hebreos llegarían a otro monte histórico: Nebo.

El monte de la despedida

El gusto de Dios por las alturas despierta curiosidad. Del Moriah al Tabor, pasando por el Horeb, el Carmelo y el Sion, las elevaciones de tierra son escogidas a menudo por Él como escenario de sus manifestaciones. ¿Cuál es la razón de esto?

En nuestra opinión, existe un misterioso paralelo entre los montes y las almas de los justos. La montaña parece ser un trozo de tierra tan amante del sol que se eleva por encima de la mediana geográfica para unirse a él... Y, a cambio, el astro rey como que la envuelve por completo, convirtiéndola en un privilegiado receptáculo de su luz. Un fenómeno similar ocurre entre los santos: al elevarse hacia el Altísimo por el amor, ¡se convierten en verdaderos nuncios de Dios!

Sin embargo, a diferencia de la dorada radiación solar, el fulgor con el que el Señor colma a sus elegidos es de color escarlata, pues a través del sufrimiento es como los glorifica. En virtud del sacrificio, que sigue a la manifestación divina, se establece una alianza. Añadámosle entonces una cruz al Tabor y tendremos el Gólgota; agreguémosle el holocausto al profeta y tendremos un redentor.

El monte Nebo sería testigo de la consumación del calvario del varón de Dios, el lugar desde donde vería el cumplimiento de la promesa, no obstante, sin poder vivirla. Las Escrituras afirman que se trataba de un castigo divino por su rebeldía (cf. Núm 27, 12-14). Pero ¿no se

le aplicaba esto más exactamente al pueblo, cuya revuelta no lo condujo a la aniquilación total gracias a la intercesión del propio Moisés (cf. Éx 32, 10-14)?

De hecho, mucho más que la víctima de una punición por su propio pecado, en ese momento el profeta tomaba sobre sí las culpas de Israel, convirtiéndose, otro título más, en prefigura de Jesucristo, que «soprotó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; [...] fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes» (Is 53, 4-5).

Ahora bien, el momento del supremo sacrificio es también el de la mediación suprema. Cuando Dios le anunció a Moisés que se reuniría con los suyos, éste no pensó en otra cosa que garantizar la entrada de Israel en la tierra prometida. Para ello, era indispensable un guía. Entonces rezó: «Que el Señor, Dios de los espíritus de todo viviente, ponga un hombre al frente de esta comunidad, uno que salga y entre al frente de ellos y que los conduzca en sus entradas y salidas, para que no quede la comunidad del Señor como rebaño sin pastor» (Núm 27, 16-17). Y Yahvé le respondió: «Toma a Josué, hijo de Nun, hombre en quien está el Espíritu, imponle tu mano. [...] Comunícale parte de tu autoridad, para que le obedezca toda la comunidad de los hijos de Israel» (Núm 27, 18.20). Estaba todo dicho: sobre Josué descansaría el cumplimiento de la promesa.

«Sé fuerte y valiente»

Entonces Moisés reunió al pueblo y lo animó a que tuviera valor y confianza. Luego llamó a Josué para bendecirlo delante de todos. Llegaba el momento de la despedida y no tenía sentido ocultar su afecto. Las palabras del gran líder destilaban emoción: «Sé fuerte y valiente, porque tú has de introducir a este pueblo en la tierra que el Señor, tu Dios, juró dar a tus padres y tú se la repartirás en heredad. El Señor irá delante de ti. Él estará contigo, no te dejará ni te abandonará. No temas ni te acobarde» (Dt 31, 7-8). A continuación, Moisés subió al Nebo, donde falleció y el propio Dios le hizo sepultar (cf. Dt 34, 5-6).

Yahvé prometió estar con Josué como lo había estado con su padre espiritual (cf. Jos 1, 5), voto que cumplió con exactitud. En todos los acontecimientos que siguieron —desde la travesía del Jordán y el triunfo sobre treinta y un reyes, hasta el reparto de la tierra entre las tribus— el hijo de Nun se mostró de una sabiduría eximia, de una tenacidad implacable y, sobre todo de una fe profunda.

Siguió a Yahvé «de manera íntegra» (cf. Núm 32, 12), nos dicen las Escrituras. Sin duda, esta inmaculada conducta le valió la gracia de un sublime intercambio de corazones con el profeta. Josué era Moisés luchando en la tierra, mientras que Moisés era Josué venciendo en el Cielo. ✧

¹ Para una breve explicación acerca del momento histórico en el que probablemente ocurrió el éxodo, véase: BRIGHT, John. *História de Israel*. 3.^a ed. São Paulo: Paulinas, 1985, pp. 157-158.

² ORIVE, Julián Cantera. «San Josué». In: ECHEVERRÍA, Lamberto de; LLORCA, SJ, Bernardino; RE-

PETTO BETES, José Luis (Org.). *Año Cristiano*. Madrid: BAC, 2005, t. IX, p. 4.

³ La dificultad para establecer el momento de este hecho se debe a una divergencia entre las fuentes. Mientras el Libro del Éxodo parece situarlo justo después de salir de Egipto (cf. Éx 18), el Libro de los Números lo narra más ade-

lante, en el camino a Cadés (cf. Núm 10, 11-12; 11, 10-30).

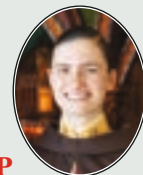
⁴ COLUNGA, OP, Alberto; GARCÍA CORDERO, OP, Maximiliano. *Biblia Comentada. Pentateuco*. Madrid: BAC, 1960, t. I, p. 550.

⁵ Contrariamente a la creencia popular, los hebreos no se perdieron en el desierto, caminando sin rumbo duran-

te cuarenta años. El castigo de Israel se debió, más inmediatamente, a la retirada del auxilio de Yahvé en las batallas contra los pueblos fronterizos, lo que obligó al pueblo a permanecer largo tiempo en Cadés y a desviarse por Transjordania (cf. Núm 14, 41-45; Dt 1, 41-46; BRIGHT, John, op. cit., p. 164).

Un milagro de fe y osadía

Mucho más que un desafío militar, la resistencia del Alcázar de Toledo fue un canto de fe en el poderoso auxilio del Cielo, un mensaje de confianza en medio de un enfrentamiento cruel y sangriento...



✠ **Hna. Giovana Wolf Gonçalves Fazzio, EP**

iAudacia, idealismo, nobleza de espíritu, esperanza y fe! Éstos son los atributos que habitan en el alma del español, cuando es un verdadero hijo de la Santa Iglesia, un precioso tesoro heredado de siglos de lucha en defensa del cristianismo. Y, para comprobarlo, no hace falta que retrocedamos demasiado en la historia... Basta con echar un vistazo a uno de los acontecimientos más dramáticos en los anales de esta valiente nación: su reciente guerra civil.

El Alcázar de Toledo: bastión de la tradición

Corría el año de 1936. Toledo, ciudad situada a unos 74 km al sur de Madrid, era conocida en todo el mundo por sus espadas, sus iglesias y su arte sacro. La tradición y las buenas costumbres todavía habitaban sus calles y hogares, a pesar de la creciente hostilidad hacia la religión que empezaba a extenderse por todo el país. Por tal motivo, y por ser una de las posibles puertas de entrada a la conquista de la capital, la ciudad se había convertido en uno de los mayores objetivos del odio de los enemigos de la fe. No cabrían en este artículo todas las crueldades que, hasta el final del conflicto, éstos cometieron contra iglesias, sacerdotes y religiosos...

Pero si grandes fueron las atrocidades de los malos, ¡mayor fue el heroísmo de los buenos! En este sentido, es digna de mención la resistencia de un

puñado de hombres y mujeres refugiados en el antiguo Alcázar de Toledo,¹ situado en uno de los puntos más altos de la ciudad, que había sido residencia de monarcas y que desde 1878 se utilizaba como academia militar.

La fortaleza estaba formada por una serie de edificios: un inmueble rectangular con un patio interior, un hospital transformado en museo, llamado Santa Cruz, el edificio de gobierno, un antiguo monasterio capuchino convertido en alojamiento para cadetes, el refectorio y el picadero, que se usaba como escuela de equitación. Al comienzo del enfrentamiento, a excepción del antiguo hospital, toda la construcción estaba bajo control de los resistentes.

Ahora bien, mucho más que un estratégico baluarte, muy utilizado en otras épocas, el Alcázar era un símbolo vivo de la España católica. Y el coronel Moscardó, el militar de mayor rango en ejercicio en aquellos días, bien lo sabía.

Los primeros signos de la tormenta

José Moscardó era un hombre corpulento, tranquilo, amante de los caballos y de los deportes, de mediana inteligencia y rostro muy afable. Sin embargo, su temperamento pacífico no podía ocultar la llama de odio que albergaba contra el ateísmo reinante. ¡Quizá fuera el peor enemigo de los infieles en toda la provincia!

Los intentos de reconciliar los extremos —por un lado, el clero, los monárquicos y los militares; por el otro, socialistas, comunistas y anarquistas—, llevados a cabo en su momento por gobiernos dirigidos por moderados, habían fracasado rotundamente. De hecho, el término medio nunca había sido un camino exitoso en España... Una enorme explosión se estaba gestando, y no tardó mucho para que los acontecimientos precipitaran un levantamiento militar lejos de allí.²

Moscardó, contactado por los republicanos, les negó el suministro de munición de la fábrica de armas de Toledo, aun siendo consciente de que al hacerlo seguramente irían a la ciudad para tomar serias represalias. En efecto, al poco tiempo comenzaron los disturbios, hubo algunos enfrentamientos locales, los militares eran agredidos, las iglesias profanadas... Todo apuntaba a un desenlace sangriento.

Declaración de guerra de Toledo

Reunido con algunos oficiales el 18 de julio de 1936, el valiente coronel les anunció: «Señores, la provincia de Toledo se suma desde este mismo día al alzamiento. Ustedes tienen la palabra». Después de que todos aclamaran la decisión con gritos de «¡Viva España!», algunos, previendo un duro combate, ponderaron que no tenían suficientes reservas de armas y alimentos.

Más que un estratégico baluarte, el Alcázar era un símbolo vivo de la España católica. En este sentido, es destacable la heroica resistencia de un puñado de hombres que allí se refugiaron durante la guerra civil española

El Alcázar de Toledo al anochecer

Moscardó, no obstante, respondió: «No se preocupen. Dios proveerá».

Sin duda, Moscardó era un hombre de fe. Sin embargo, ni se imaginaba que tendría que resistir un asedio de tres largos meses, con tan sólo 1.205 soldados —treinta y cinco de los cuales desertaron—, 1.400 fusiles, 22 ametralladoras y algunas granadas... Y esto contra un enemigo incomparablemente más numeroso y poderoso, equipado con morteros y misiles. ¡Sería un prodigio! También había 555 no combatientes a su cargo, entre ellos niños, mujeres y monjas.

Tras el consejo de guerra, el coronel decidió hacer público el hecho de que Toledo se había sumado a la rebelión. Hizo esto con la clara intención de conmover el corazón de los españoles indecisos, que aún dormían sobre el muro de la mediocridad... ¡Quería animarlos a que defendieran sus ideales en la región!

No obstante, los combatientes no podían perder el tiempo. El 21 de julio la tropa presentó armas junto a una estatua de Carlos V, mientras el capitán Vela³ leía una proclama declarando que Toledo estaba en guerra con Madrid. Ante la falta de hombres, Moscardó creyó prudente reunir en las cercanías de la academia a todos los destacamentos hasta entonces repartidos por la provincia, ya que no lograrían resistir a una columna motorizada que marchaba desde la capital hacia la ciu-

dad. Doce horas después, el comandante de ésta, el general Riquelme, telefoneó a Moscardó exigiéndole su rendición. La solicitud fue rechazada.

—¿Por qué adopta esa actitud desafiante? —le preguntó Riquelme.

—¡Porque amo España! Además, sería una deshonra entregar a las milicias rojas las armas de los caballeros cadetes.

—Bien, entonces las cogeremos nosotros.

—Quedo informado, mi general.

En pocas horas, el Alcázar se vio rodeado en medio de una zona que se había mantenido leal a la República. El drama no había hecho más que empezar.

El precio de la gloria

Desde la proclamación de adhesión al levantamiento, los familiares de Moscardó corrían peligro. A las siete de la mañana del 23 de julio, unos milicianos comunistas liderados por el abogado Cándido Cabello los encontraron escondidos en un piso. Y cuando apareció el joven Luis, hijo de Moscardó, de 24 años, Cabello vio en él una oportunidad única de entrar en el Alcázar...

Eran las tres de la tarde cuando Cabello llamó al coronel:

—Es usted responsable de los crímenes y de todo lo que está ocurriendo en Toledo. Le doy un plazo de diez minutos para que se rinda. De no

hacerlo, fusilaré a su hijo Luis, que lo tengo aquí a mi lado.

—Lo creo —respondió Moscardó.

—Y para que vea que es verdad, ahora se pone al aparato.

Le entregó el teléfono al joven.

—Papá —dijo Luis.

—¿Qué hay, hijo mío?

—Nada, que dicen que me van a fusilar si el Alcázar no se rinde, pero no te preocupes por mí.

—Si es cierto, encomienda tu alma a Dios, da un viva a Cristo Rey y a España y serás un héroe que muere por ella. ¡Adiós, hijo mío, un beso muy fuerte!

—¡Adiós, papá, un beso muy fuerte!

Cuando Cabello volvió a coger el teléfono, Moscardó le dijo:

—Puede ahorrarse el plazo que me ha dado. El Alcázar no se rendirá jamás.

Era la gran hora de Moscardó: ¡la hora del sacrificio y de la generosidad! Para algunos corazones tibios esto sería la mayor locura que un hombre pudiera cometer. Pero quien analiza la vida con ojos sobrenaturales sabe que antes de las grandes victorias de la historia ¡Dios exige de sus elegidos grandes sacrificios! ¿Acaso Abraham no fue justificado porque creyó en Dios y, por tanto, estuvo dispuesto a sacrificar al hijo de la promesa (cf. Gén 22)? ¿Y —¡ejemplo incomparable!— no entregó Dios a su propio Hijo a la muerte en el altar de la cruz para la salvación del género humano?

Ahora bien, a semejanza del Salvador, en el caso de Moscardó no apareció un ángel para detener las manos del sacrificador... Su Luis fue fusilado un mes después de la llamada telefónica. Cuando terminó el asedio, el coronel se enteró de que su hijo José también había muerto del mismo modo. Cayendo de rodillas bajo el peso de tanto dolor, murmuró: «¿Es éste el precio de la gloria?».

¡Sí! Y, además de la gloria, ése fue el precio de la perseverancia de los que resistieron hasta el final y un magnífico ejemplo de fe y osadía para toda España. Se dice que en los primeros días del asedio hubo muchas discusiones en el interior del Alcázar. Pero después de este hecho ¿quién iba a quejarse de su propia situación? El sacrificio del comandante entusiasmó a los sitiados, convirtiéndolo también en un símbolo del alzamiento de la verdadera España contra la amenaza bolchevique. A partir de entonces su liderazgo sería indiscutible en la antigua fortaleza toledana.

La situación se vuelve precaria...

La escasez de provisiones era alarmante: disponían de unos pocos kilos de comestibles y una reserva de trigo crudo mezclado con nidos de ratas y basura... Las exiguas existencias podrían alimentarlos, como mucho, diez días.

Tras varias jornadas de comidas frugales, la naturaleza empezó a pasarles factura. Fue entonces cuando se les ocurrió algo inconcebible en tiempos de paz: ¡comerse a los caballos! Eran noventa y siete, y también había veintitres mulas que vivían en el lugar. No obstante, para que la gente aceptara sacrificar a los preciados animales, se hizo necesario un juego psicológico... Desde los primeros días del asedio, Moscardó había ordenado la redacción de un pequeño «periódico», que hiciera circular diariamente noticias externas e internas de la fortaleza. Publicado siempre a tiempo, *El Alcázar* sólo se retrasó dos veces, porque el mecanógrafo-editor había sido herido... Cuando surgió la idea de los caballos, apareció en sus páginas un editorial muy convincente para un español: «El caballo es animal limpio y pulcro, al extremo de que ni come ni bebe nada que no esté en las mejores condiciones; el género de alimentación exclusivamente vegetal hace que nada pueda justificar aquellos prejuicios; las condiciones de sabor y alimentación (valor nutritivo), superan la de la raza bovina...».

Comprobado el exitoso intento, el menú de la academia empezó a variar un poco, incluyendo un nuevo plato: pastel de caballo, cuya masa se elaboraba a base de harina mezclada con sebo de caballo... Cuando se acabaron los cuadrúpedos, de forma casi milagrosa, des-

cubrieron en las cercanías un depósito de trigo que proporcionaría a los sitiados una minúscula hogaza de pan diaria, preparada según el ingenio de cada uno hasta el final de la resistencia. Sin embargo, la comida todavía era tan escasa que cuando terminó la guerra y tuvieron el primer contacto con sus libertadores, éstos pensaron que estaban viendo cadáveres ambulantes en lugar de seres humanos.

Además del hambre, muchas otras privaciones hacían muy precaria la situación en la fortaleza. Los constantes bombardeos arruinaron el sistema de energía eléctrica; toda el agua de que disponían procedía de una sucia alberca que, una vez vaciada, servía de sepultura para los muertos. El mal olor que emanaba del Alcázar, causado por los cuerpos en descomposición y los restos de caballo arrojados al patio, ¡se sentía en las calles de Toledo! Las plagas de piojos provocaban heridas en los combatientes y, si las dolencias físicas no fuera suficiente, la presión psicológica que sufrían por parte de sus enemigos era mucho mayor: insultos contra la religión, las autoridades y sus propias familias...

Evidentemente, el fuego que acompañaba a estos improperios también era sofocante. Por costumbre, los alcazareños contaban los proyectiles lanzados contra la fortaleza: diez mil cien cañonazos, dos mil disparos de mortero, quinientas bombas, treinta ataques aéreos, además de incontables granadas y disparos de fusiles y ametralladoras... ¡en tan sólo setenta días!

Sin embargo, el ánimo de todos se mantenía firme, elevándose por encima de las contingencias materiales.

La Virgen del Alcázar contra las minas infernales

Como buenos caballeros, los defensores no permitieron que mujeres y niños participaran en la batalla, y preferirían morir antes que verlos sufrir algún daño. Por eso, durante los ataques, los civiles indefensos per-



Bajo el fuego implacable del enemigo, el espectro del hambre y otras penurias hicieron que la situación en la fortaleza fuera bastante precaria

Al lado, milicianos comunistas disparan contra el Alcázar durante el asedio; arriba, número de «El Alcázar» del 29/7/1936, que informaba sobre los beneficios de la carne de caballo



Fotos: Reproducción



A las seis y media de la mañana explotaron las minas. Una inmensa nube negra se elevó en el cielo de Toledo. Torres derrumbadas, muros demolidos, humo... ¡Pero el milagro había ocurrido! El Alcázar aún resistía

A la izquierda, momento de la explosión de las minas; a la derecha, patio del Alcázar al terminar la guerra

manecían en los sótanos, ya que era un lugar más seguro. Un día, no obstante, mientras estaban escondidos allí, oyeron ruidos procedentes del subsuelo. Enseguida se dieron cuenta de que se trataba de la preparación de una mina subterránea.

Durante varios días se realizaron minuciosos análisis para descubrir la ubicación exacta de la mina e intentar mitigar los efectos de la explosión, mientras Moscardó, trascendiendo a las medidas prácticas, decidió demostrarles a los republicanos que Dios existía y que la victoria pertenecía a los que tienen fe.

La enfermería fue catalogada como una de las zonas que seguramente volaría por los aires. Evacuaron el lugar, lo transformaron en capilla y colocaron allí una imagen de María, confiando en que ésa sería una oportunidad única para enseñarles a los atacantes la disparidad de los poderes que se enfrentaban: la Virgen Poderosísima contra las despreciables huestes infernales.

Ese día, *El Alcázar* anunció: «¡No os preocupéis! Los rojos no tienen disciplina y las masas se niegan a obedecer a los oficiales. Confiad en Dios y en sus oficiales». Alrededor de las once de la noche del 17 de septiembre, los republicanos salieron a la calle gritando: «¡Toledo va a ser dinamitada! ¡Huid de la ciudad rápidamente!». Los periódicos del mundo entero anuncia-

ron la explosión y varios reporteros y observadores acudieron a las afueras de Toledo para contemplar el supuesto triunfo sobre los tenaces resistentes.

A las seis y media de la mañana explotaron las minas. Una inmensa nube negra se elevó en el cielo toledano. Torres derribadas, muros demolidos, humo... ¡Pero el milagro había ocurrido! Casi todos estaban vivos y, por tanto, el Alcázar aún resistía. Los supervivientes bailaban, cantaban y vitoreaban a Cristo Rey. Moscardó se apresuró a comprobar lo sucedido en la improvisada capilla y encontró a una mujer rezando ante la Virgen. A tan sólo treinta centímetros a un lado, había un montón de piedras destruidas... ¡La imagen de Nuestra Señora había caído al suelo, pero permanecía intacta! Quedaba demostrado a los ojos de todos que Dios es más fuerte que cualquier bomba de los ateos.

Mientras tanto, los medios de comunicación republicanos anunciaban que sus soldados ya estaban tomando el control de la fortaleza, y que sólo faltaba exterminar a algunos supervivientes...

El fin del asedio

El 27 de septiembre, finalmente, tropas del ejército español acudieron en ayuda de los sitiados, haciendo que, en su marcha victoriosa, comunistas y anarquistas huyeran de la ciudad. Cuando entraron en el fuerte, hallaron

hombres medio vivos, con rostros pálidos surcados por el dolor y el hambre. ¡Los alcazareños no podían creer lo que les estaba ocurriendo!...

Moscardó, por su parte, antes de celebrar la merecida victoria, hizo un recorrido por todos los puestos de guardia, para asegurarse de que no quedaban enemigos en la ciudad.

En los días posteriores a su liberación, periodistas de todo el mundo lo buscaron, queriendo proyectarlo como un héroe hollywoodense; pero encontraron únicamente a un hombre envejecido y exhausto, que a cualquier pregunta respondía: «¡En el Alcázar todo fue un milagro!».

De hecho, la lucha y el dolor acrisolados por la fe habían transformado al que había sido considerado un don Quijote chiflado en un nuevo Cid Campeador. ✧

¹ Todas las referencias históricas citadas en el presente artículo han sido tomadas de: EBY, Cecil D. *O cerco do Alcázar de Toledo*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 1965.

² Se trata del *Alzamiento* organizado por militares destinados en regimientos españoles en África, contra el gobierno anticlerical de la Segunda República, que desencadenó los enfrentamientos de la guerra civil española entre 1936 y 1939.

³ Capitán Emilio Vela Hidalgo. Fue uno de los combatientes durante el asedio.

Imagen viva de otra madre: la Santa Iglesia

Quien analiza la vida del Dr. Plinio no puede dejar de preguntarse con admiración: ¿de dónde sacó tanta catolicidad y tan singulares ornatos de fe y virtud?

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

El Dr. Plinio fue introducido en las vías del Evangelio y en los magníficos panoramas de la religión católica por un ejemplo vivo, presente en casa, delante de sí: Doña Lucilia. En este «libro» aprendió lo que es la inocencia y la santidad, la intransigencia, la prudencia y la sabiduría; ¡en su madre fue donde comprendió mejor el Cielo!

Dos instrumentos musicales en armonía

«Ella me transmitía lo que había de católico en su alma. [...] De manera que yo encontraba consonancias tan profundas de lo que era la gracia que provenía de ella, con la gracia oriunda de otras fuentes, que se diría que eran dos instrumentos tocando la misma música, encontrándose perfecta y enteramente. Unas veces la gracia me daba apetencia por lo que ella podía darme; otras veces ella, es decir, la gracia por medio de ella, me hacía desear lo que la propia gracia me proporcionaría de forma directa. Todo constituía un sólo circuito»

Así, el Dr. Plinio percibía toda la consonancia que tenía Dña. Lucilia con lo que él recibía a través de la Iglesia, sin intermediarios. La Santa Iglesia y su madre eran como dos ins-

trumentos, supongamos un clavecín y un violín, ejecutando la misma armonía en su alma. Su madre era para él la voz de la gracia, ¡y la voz de la gracia era la voz de su madre!

Lección viva de santidad

Sin embargo, cabe preguntarse: ¿cómo transmitió Dña. Lucilia su catolicidad al Dr. Plinio? ¿Le dio instrucciones o unas clases? ¿Le explicó qué significa pertenecer a la Iglesia? ¡No! A semejanza de un vitral sobre el que incide la luz del sol, en ella las gracias iban superponiéndose a la naturaleza y penetraban en su forma de ser, acrecentando un nuevo brillo a sus cualidades naturales.

Estando cerca de ella, y viendo la calma, la tranquilidad y la serenidad con que realizaba los actos más comunes de la existencia como, por ejemplo, peinarse, mover las manos o incluso recostarse en un sillón, la gracia invitaba al pequeño Plinio a aceptar y amar todas las virtudes. Le llamaba especialmente la atención la solemnidad, la compostura, la seriedad... haciéndole exclamar:

«¡Qué hermoso es ser así! ¡Qué buena es, qué afable y dispuesta a ayudar! ¡Con ella lo puedo todo!».

Consideremos sus propias palabras: «Aprendí, eminentemente, de ella. ¿Cómo? Una mirada, una inflexión de voz, una caricia... Por ejemplo, estar



Reproducción

La Santa Iglesia y Dña. Lucilia eran para el pequeño Plinio como un clavecín y un violín que ejecutaban la misma armonía. Para él, su madre era la voz de la gracia, ¡y la voz de la gracia era la voz de su madre!

Clavecín francés -
Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

sentado a su lado. [...] ¡Recuerdo con enormes saudades sus manos! [...] Me quedaba mirando sus manos y, de forma confusa, porque era un niño, pensaba: “¡Qué alma! ¡Qué corazón!”».

«En definitiva, ¿qué veía en ella? [...] Era una conjunción de cualidades, que evidentemente no son antitéticas, porque no hay una antítesis entre una cualidad y otra, sino que son casi paradójicas. Es decir, sin oposición, pero formando por una ilusión de la vista algo parecido a una contradicción. ¿Qué era eso, ante todo? Era una gran elevación de alma, de manera que su espíritu no sólo podía remontarse con mucha facilidad a regiones más altas, sino habitar en ellas. Al mismo tiempo, era lo contrario de una soñadora, de una pura teórica o de una persona que vive enredada en preocupaciones sin base en la realidad. Estaba enteramente dentro de su simple realidad: ocupándose de todo, arreglándolo todo, haciéndolo todo, amando esta realidad concreta y participando de la vida con intensidad, aunque su espíritu flotara en esa región más alta, [...] no por una dilaceración artificial e incómoda, sino mediante una especie de ubicuidad cómoda, enteramente a gusto, habitando ambos planos por completo y conociendo las correlaciones también en su conjunto».

Intérprete incomparable de la Santa Iglesia

Innúmeras fueron las ocasiones en que el Dr. Plinio explicitó el gran papel de Dña. Lucilia, en cuanto símbolo de la Iglesia, para la formación de su sentido católico. Cuando entró en contacto con la Iglesia, no se sorprendió, pues mucho de ella, de lo sobrenatural y de la propia Virgen Santísima, ya lo había conocido en el alma de su madre.

Remitámonos, también, a los recuerdos del Dr. Plinio: «Cuando comencé a abrir los ojos para la Iglesia Católica, veía a menudo afinidades



«Mi madre era un ejemplo de cómo alguien puede ser conforme a la Santa Iglesia. Fue para mí como una prefigura de la Iglesia»

Doña Lucilia en 1912

entre el alma de mi madre y el espíritu de la Iglesia, de manera que comprendía muchas cosas de la Iglesia porque la conocía a ella. Y después, naturalmente, iba a ver si la Iglesia pensaba así, porque pronto quedó claro en mi espíritu que mi madre no era el patrón de la verdad, sino la Iglesia. [...] Muchas veces, ciertos puntos de la doctrina católica los entendía más fácilmente porque los interpretaba a la luz de lo que veía en ella, de lo que aprendía de ella... [...] ¡Era para mí una intérprete incomparable de la Iglesia! [...] ¡Fue, en mi opinión, la madre ideal y me preparó de un modo eximio para recibir esta fe!».

«Recuerdo el momento en que leí por primera vez la expresión “Santa Madre Iglesia”. Me emocioné y pensé: “¡Es verdad! Tengo una madre muy buena, pero la Iglesia es más madre mía que ella”. Y así será hasta el fin de mi vida, si Dios quiere. En cierto momento, comencé a darme cuenta de qué manera mi madre era un

magnífico ejemplo de cómo alguien puede ser conforme a la Santa Iglesia. [...] Fue para mí como una prefigura de la Iglesia».

Triple maternidad

Plinio, por el discernimiento de los espíritus, al analizar a Dña. Lucilia percibía que había entre ella y la Iglesia una perfecta armonía, constituyendo para él una sola gracia y llevándolo a establecer una relación inmediata entre ambas: por un lado, veía en ella el espíritu de la Santa Iglesia; por otro, la veía dentro del espíritu de la Santa Iglesia.

Todo lo que había de bueno en el alma de su madre tenía origen en la Iglesia, y la gracia que notaba en el santuario del Sagrado Corazón de Jesús, de São Paulo, parecía concentrarse en el alma de Dña. Lucilia. Entonces, era una sola línea: Iglesia-Doña Lucilia, Doña Lucilia-Iglesia, hasta el nacimiento en su alma de la devoción a Nuestra Señora, que también pasó a coronar este circuito de reversibilidades.

«Nunca habría conocido enteramente la Iglesia si no hubiese visto este modelo materno. Doy gracias a la Santísima Virgen por haberme dado esta madre, cuyo gran mérito fue haber encaminado mi alma hacia otra madre: la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana. El alma de esta otra madre, que es la Santa Iglesia, tiene un trono para una tercera Madre: María Santísima. A través de una, caminé hacia las otras. Esta triple maternidad, una físico-espiritual y dos espirituales y sobrenaturales, alienta mi ánimo y mi piedad». ✧

Extraído, con adaptaciones, de: *El don de sabiduría en la mente, vida y obra de Plinio Corrêa de Oliveira*. Città del Vaticano-Lima: LEV; Heraldos del Evangelio, 2016, t. I, pp. 154-157.

Unidos por un mismo ideal

Más de mil seiscientos cooperadores de los Heraldos del Evangelio, procedentes de varios países, se reunieron en Caieiras (Brasil), del 19 al 28 de julio, con motivo de su 19.º congreso internacional, dividido en dos grupos. El tema central del encuentro fueron los razonamientos del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en su obra maestra *Revolución y Contra-Revolución*. Las actividades de la mañana empezaban con la adoración eucarística y bendición del

Santísimo Sacramento (foto 1), seguida del rosario procesional hacia el auditorio (foto 2), donde se daban las charlas (fotos 5 a 7)—algunas de ellas ilustradas con bosquejos teatrales (foto 4)— y círculos de estudio (foto 8). Después de una agradable confraternización durante la comida (foto 9), los cooperadores se beneficiaban de otra exposición, concluyendo el día con la santa misa celebrada en la basílica de Nuestra Señora del Rosario (foto 3).



Tomismo y actualidad

En conmemoración de los setecientos cincuenta años de la muerte de Santo Tomás de Aquino, del 5 al 7 de agosto los Heraldos del Evangelio promovieron un nuevo congreso tomista, titulado *Tomismo y actualidad*. Realizado en las instalaciones de la institución en Caieiras (Brasil), el evento constó de charlas, talleres y la celebración diaria de la santa misa.

Entre los conferenciantes se encontraban: Mons. Benedito Beni dos Santos, obispo emérito de Lorena; el P. Felipe de Azevedo Ramos, EP; el Dr. Joel Gracioso; el P. Marcos Faes de Araújo, EP; el P. Leonardo Miguel Barraza Aranda, EP; el P. Carlos Adriano Santos dos Reis, EP; y el P. Carlos Javier Werner Benjumea, EP (fotos en la lateral derecha, de arriba abajo).





Fotos: João Paulo Rodrigues



David França

Brasil – En socorro de la población surriograndense víctima de las inundaciones que devastaron el estado, los Heraldos del Evangelio promovieron la campaña SOS Río Grande do Sul. El 27 de junio, las donaciones recogidas le fueron entregadas, en la Cáritas Archidiocesana de la capital, a Mons. Odair Miguel Gonsalves dos Santos, CM, obispo auxiliar de Porto Alegre (foto 3). Durante el mes de julio, la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María recorrió la ciudad de Miraguá, visitando hogares y establecimientos públicos y comerciales (fotos 1 y 2).

Fotos: Xavier Jacob



Paraguay – El 6 de agosto los Heraldos del Evangelio se unieron a los fieles de la capital paraguaya para el inicio de la novena en honor de la patrona, Nuestra Señora de la Asunción. Partiendo del Panteón Nacional de los Héroes, la procesión se dirigió a la catedral metropolitana, donde Mons. Roberto Carlos Zacarías López, obispo de Canindeyú, presidió la solemne celebración eucarística.

Fotos: Ambrosio Ngulele



Mozambique – Miembros de los Heraldos de Maputo animaron la misa y la procesión naval celebrada el 29 de junio en Catembe por la comunidad de Goa residente en Mozambique. La Eucaristía fue presidida por Mons. Anil Joseph Thomas Couto, arzobispo de Delhi, y concelebrada por Mons. Osorio Citara Afonso, IMC, obispo auxiliar de Maputo, y varios presbíteros, entre ellos diez sacerdotes de la India.

Heraldos en la ExpoCatólica

El día 7 de julio, el coro y orquesta de los jóvenes seminaristas de los Heraldos del Evangelio realizaron una procesión con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María por los pasillos de la ExpoCatólica (fotos 1, 2 y 12), seguida de una presentación musical (foto 3). También

hubo una charla del P. Ricardo José Basso, EP (foto 4), y animadas entrevistas en el pódcast Salve María (fotos 5 y 6).

A lo largo de los cuatro días de exposición, los stands de la institución recibieron numerosos visitantes y amigos (fotos 7 a 11).



Fotos: Allan Bonfanti / Rodrigo Azevedo / Knut



Congreso nacional de exorcistas de Brasil

Del 29 de julio al 2 de agosto, la ciudad de Florianópolis (Brasil) fue sede del primer Congreso Nacional de Exorcistas. Organizado por la Secretaría Lingüística Portuguesa de la Asociación Internacional de Exorcistas, el evento reunió a sacerdotes de todo el país y contó con la participación del P. Francesco Bamonte, exorcista de la diócesis de Roma, y del P. Piermario Burgo, rector del santuario de la Madonna di Belvedere (Italia).

De entre las catorce charlas impartidas se abordaron temas como el desarrollo del exorcistado en la historia de la Iglesia, en los evangelios y en el catecismo, la importancia de los sacramentales como armas defensivas y ofensivas contra el Maligno, los peligros del ocultismo, la espiritualidad del exorcista y la importancia de sus auxiliares, e incluso un testimonio de liberación.



Santuario de Fátima

Reabierto la casa de sor Lucia, vidente de Fátima

Después de estar cerrada durante meses por obras de restauración, la

casa donde nació sor Lucia, vidente de las apariciones de Fátima, abrió nuevamente sus puertas al público. Situada en el pequeño pueblo de Aljustrel, en el distrito de Santarém (Portugal), la residencia, transformada en museo, atrae visitantes desde la época de las apariciones.

Gracias al esfuerzo conjunto de autoridades del Santuario de Fátima y diversos profesionales, hoy transporta a los peregrinos al tiempo en que la niña Lucía vivió allí, hace más de un siglo. Para ello, se recuperaron y restauraron parte del mobiliario y enseres domésticos, y se organizó la casa a partir de cartas y recuerdos de la vidente que describían las distintas estancias.

Histórico Congreso Eucarístico en Estados Unidos

Dos años de preparación culminaron con un resultado sorprendente en el X Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Indianápolis (Estados Unidos), del 17 al 21 de julio. El evento acogió a más de 100.000 participantes en sus distintas etapas, desde las catequesis previas, encuentros y procesiones eucarísticas que recorrieron el país, hasta los días en que los fieles se reunieron en Indianápolis. Las charlas, intercaladas con momentos de oración y adoración al Santísimo Sacramento, llenaron de alegría a los participantes y reavivaron la fe eucarística de muchos.

Sin duda, el punto auge del congreso fue la misa de clausura, presidida por el cardenal Luis Antonio Gokim Tagle, pro-prefecto del Dicasterio para la Evangelización, y celebrada por más de mil seiscientos sacerdotes, sin contar obispos y cardenales. Mil doscientos treinta y seis religiosos y más de sesenta mil devotos llenaron el Lucas Oil Stadium durante la celebración. La jornada concluyó con un mensaje a todos los participantes: que de ahí en adelante

fueran verdaderos apóstoles en la sociedad, transmitiendo en sus vidas el amor que Jesús manifiesta en el sacramento del altar.



Rodrigo Azevedo

Más de treinta mil personas visitan la ExpoCatólica

La decimoséptima edición de ExpoCatólica, realizada en São Paulo del 4 al 7 de julio, atrajo a más de treinta mil visitantes. La feria, considerada en su categoría la más grande de América Latina, contó con la participación de doscientos cuarenta expositores, miembros de asociaciones privadas de fieles e institutos religiosos, que se reunieron para presentarle su carisma al numeroso público católico y comercializar diversos productos.

El evento también incluyó reflexiones sobre temas de interés actual, como la liturgia, el arte sacro y la evangelización, además de presentar otras novedades, como el turismo religioso, la proyección gratuita de películas católicas e incluso la presentación de soluciones tecnológicas diseñadas especialmente para las iglesias.

Descubierto el altar de los cruzados en Jerusalén

Un episodio corriente, que sucedió durante unas obras en la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, condujo al descubrimiento del precioso altar mayor construido en tiempos de los cruzados, una verdadera joya del arte medieval, hasta entonces considerada perdida en un incendio en 1808. El arqueólogo Amit Re'em, de la Autoridad de Antigüedades de Israel, y



Extinta acción judicial contra los Heraldos del Evangelio

Tras el escrutinio y los debidos procesos legales, el 23 de julio la juez Cristina Ribeiro Leite Balbone Costa, del Juzgado de Infancia y Juventud del Foro Central de São Paulo, extinguió la causa que acusaba a los Heraldos del Evangelio de violar los derechos de los niños y adolescentes asistentes a sus institutos educativos y casas de alojamiento.

El litigio, inescrupulosamente urdido por un grupo de desafectos a la asociación, alcanzó gran repercusión mediática en perjuicio de la entidad, perjudicando de modo considerable la vida de cientos de religiosos, jóvenes y familiares. La decisión de la juez archiva de manera definitiva las acciones judiciales, permitiendo que, finalmente, se reconozca la inocencia de la institución.

el historiador Ilya Berkovich, de la Academia de Ciencias de Austria, encontraron la pieza al darle la vuelta a una pesada losa de piedra cubierta de grafitis, que estaba apoyada en uno de los pasillos de la iglesia.

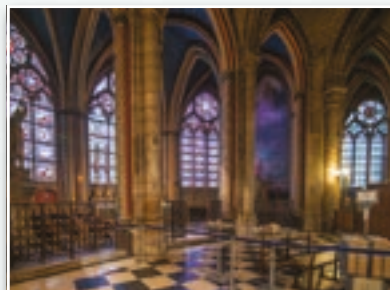
El sensacional descubrimiento arrojó luz sobre el estudio de un valioso estilo de arte, conocido como técnica cosmatesca, que decora piezas utilizando pequeños trozos de valioso mármol para componer figuras geométricas y diversos ornamentos. Este arte era casi exclusivamente romano, lo que nos lleva a creer que el altar fue construido a petición del Papa y por artistas designados por él.

Crece el interés por el tomismo en Brasil

Tras el gran éxito del primer año de curso, otra promoción de posgrado en Filosofía Tomista ha sido abierta en el Centro Universitario – Católica de Santa Catarina (Brasil). El programa de estudios, aprobado por el MEC, se desarrolla en línea, con una carga lectiva de trescientas sesenta horas, y es impartido por un profesorado graduado en instituciones de fuerte tradición tomista.

Se trata de una iniciativa más que demuestra el creciente interés por la

doctrina del Aquinate, baluarte de la ortodoxia católica.



Rechazados vitrales contemporáneos en Notre Dame de París

Los miembros de la Comisión Nacional de Patrimonio y Arquitectura de Francia rechazaron por unanimidad el proyecto que pretendía sustituir los vitrales medievales de las capillas del lado sur de la catedral de Notre Dame de París por piezas contemporáneas.

La decisión, que ya ha hecho retroceder la revolucionaria propuesta, se basa en los principios de la Carta de Venecia de 1964, que recomienda preservar siempre que sea posible los elementos originales de un monumento histórico, lo que en el caso de los citados vitrales es totalmente válido, ya que no resultaron dañados

por el incendio. Sin embargo, la batalla por conservar el arte original de Notre Dame aún no ha terminado. El Ministerio de Cultura y el presidente de la República volverán a consultar a los expertos a finales de año para tomar una decisión definitiva.

Descubrimientos arqueológicos confirman el relato bíblico

La Autoridad de Antigüedades de Israel anunció los resultados de una investigación iniciada en 2019 en Zanoah (Israel), ciudad mencionada en dos libros del Antiguo Testamento (Jos 15, 34; Neh 3, 13). Los objetos y ruinas de edificios antiguos excavados en la región confirman la llegada de los israelitas a la tierra prometida alrededor de 1406-1407 a. C.

Entre estos objetos se encuentran un número considerable de utensilios cerámicos, como tinajas y jarrones, uno de ellos con la inscripción «del rey» en honor al rey Ezequías, así como fragmentos de joyas y otros artefactos de hierro y bronce. Según los científicos, cerca del 20 % del material encontrado data de hace más de tres mil doscientos años, por lo que el lugar sigue siendo potencialmente relevante para futuros descubrimientos.

Una fiesta de cumpleaños en el Cielo

Los más mínimos detalles de la celebración habían sido preparados eximamente, demostrando gran amor y admiración. Sólo faltaba saber quién pronunciaría el tan esperado discurso.



✠ Hna. Joana Luiza Ribeiro Remigio Rezende, EP

Sabías que en el Paraíso celestial también hay fiestas? ¡Y son extraordinarias! Pues bien, este mes te voy a contar lo que pasó en una ocasión que marcó los Cielos: uno de los cumpleaños de la Virgen María.

* * *

San Juan Evangelista es el gran maestro de ceremonias de las celebraciones marianas. Él conoce bien a su Madre y Señora y sabe complacerla con nuevas sorpresas, cuidando hasta el más mínimo detalle.

En la «víspera» de la gran solemnidad, el Discípulo Amado recorrió todo el Cielo para comprobar los últimos preparativos y tomar las anotaciones necesarias en su libreta de apuntes. El primer lugar al que se dirigió fue el anfiteatro donde ensayaba el coro. Se acercó al regente, se inclinó respetuosamente y lo saludó:

—¡Salve, oh arcángel Gabriel!

—¡Salve, oh evangelista Juan, hijo predilecto de mi Reina!

—¿Cómo van los ensayos?

—Muy bien. Cada cantor entona una voz diferente y cada instrumento toca una melodía. La polifonía angélica tiene estas riquezas... La afinación es, en todos los sentidos de la palabra, ¡celestial! Cada nota resuena con verdadero amor por la Santísima

Virgen. Es, de hecho, una música que Cielos y tierra nunca han oído.

—Qué alegría saberlo, San Gabriel. Y decíme: ¿fuisteis vos quien la compuso?

—¡Oh, no! Para componer algo tan hermoso, sólo la virgen Santa Cecilia podría hacerlo.

—Estupendo. Qué contenta estará Nuestra Señora al escuchar eso. ¡Muchas gracias, santo arcángel! Hasta pronto.

—Hasta pronto, oh apóstol del amor —se despidió San Gabriel.



San Juan acudió a San José para que le indicara alguien digno de pronunciar el discurso a la Reina del Cielo

A continuación, el evangelista se fue hacia el patio principal del Reino de la Bienaventuranza. De lejos oía el sonido de clarines y trompetas, el redoble de tambores, voces de guerra al unísono con los pasos firmes de los soldados de la cruz. Al mando del ilustre combatiente Judas Macabeo, el ejército de héroes, mártires y cruzados ensayaba una gran ceremonia militar. Sobre un brillante corcel se encontraba Santa Juana de Arco portando un estandarte hermoso y rico en simbolismos.

San Juan, al contemplar tal magnificencia, no interrumpió el ensayo. Sintiendo ya las bendiciones en el lugar, estaba seguro de que todo saldría a la perfección. Así que siguió su inspección.

Finalmente, llegó a la cocina; se encontraban allí los santos más variados: frailes y religiosas, madres de familia, nobles de todos los rincones de la tierra. Pero la chef era Santa Ana, la madre de la Virgen Pura. Su maternidad discernía con precisión los platos favoritos de su santísima hija. Reconociendo al maestro de ceremonias a lo lejos, lo invitó a que probara cada plato que sería servido en el banquete.

—¡Todo está impecable! María se quedará en extremo conmovida por su dedicación —dijo el Discípulo Amado.

—Lo hago con todo el amor de una madre y toda la veneración de una sierva —confesó Santa Ana.

San Juan vio que todos los preparativos estaban bien encaminados, excepto... ¡el discurso! «¡Dios mío, ya me había olvidado! —pensó consigo—. ¿Quién podría hacerlo? El año pasado fue Moisés; ¿quién sería capaz de superar sus palabras? Recurriré a San José, para que me indique a alguien».

—¡Salve, oh padre virginal del Redentor!

—¡Salve, oh Discípulo Amado!

E intuyendo las intenciones de su interlocutor, San José prosiguió lleno de ternura y solicitud:

—¿Hay algo que pueda hacer por vos, hijo mío?

—Padre santo, todo está listo para celebrar el cumpleaños de su inmaculada esposa, pero olvidé elegir a alguien para que pronunciara el discurso. ¿Quién sería digno de esa misión?

San José levantó la mirada en silencio, como si estuviera penetrando la sabiduría de Dios. Hasta que, volviendo a fijar los ojos en San Juan, esbozó una leve sonrisa y respondió:

—La persona más adecuada este año es el gloriosísimo príncipe de la milicia celestial, San Miguel Arcángel. ¿Qué os parece?

Sin hallar palabras para agradecerle tan acertada idea, el maestro de las ceremonias se arrodilló y, tomando las manos de su consejero, las besó. A continuación, salió en busca del gran arcángel.

De repente oyó que alguien lo llamaba. Era una voz noble, varonil, decidida y respetuosa.

—San Juan.

Al volverse, se sintió abrumado de admiración: ¡era quien estaba buscando!

—¡Generalísimo de los ejércitos divinos, qué alegría encontraros!

—El placer es todo mío. He venido hasta vos para ponerme a vuestra disposición en cualquier cosa que necesite de la celebración del cum-

pleaños de María Santísima.

«¡Vaya, San José nunca falla!», concluyó en su interior.

—¡Precisamente erais vos a quien necesitaba! ¿Podrías dar el discurso de nuestra victoriosa Emperatriz?

—¡Ésta es una misión muy alta! ¿Alcanzaré los objetivos que deseáis?

—Estoy seguro de que sí, pues fue San José mismo quien os recomendó.

—Ah, si fue él, entonces confío en que Dios me inspirará. Rezad por mí, os lo suplico.

—¡Por supuesto! ¡Os lo agradezco mucho, San Miguel!

Y los dos se despidieron con una reverencia.

* * *

Finalmente, ¡la gran celebración estaba a punto de empezar! Mientras transcurría el 8 de septiembre en la tierra, ¡el Cielo se revestía de la más especiales pompas! El coro y orquesta presentaron la música compuesta por Santa Cecilia, la cual recibió el siguiente comentario de Nuestro Señor Jesucristo:

—He aquí la melodía que, hoy en día, mejor expresa el amor de mi Corazón por mi Madre.

Enseguida tuvo lugar la ceremonia militar. Cualquiera que contemplara la mirada de María en ese momento comprendería el pasaje de las Escrituras que la alaba como «terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla» (Cant 6, 10).

Una vez rendidos todos los homenajes, la cohorte celestial se reunió en el salón para cenar. Al final, habiendo entrado la tarta y los regalos, San Miguel se levantó y, tomando posición en medio de la asamblea de los santos, reverenció a Dios y a la augusta cumpleaños con una pausada y profunda reverencia. Y entonces comenzó a declamar:



En medio de la asamblea de los santos, San Miguel declamó:
«Queremos servirte por toda la eternidad, haciendo resonar en todo el universo: ¡Quién como Dios! ¡Quién como la Virgen!»

—Señora y Reina nuestra, ¿cómo alabar adecuadamente vuestras insondables perfecciones, inferiores sólo a las de vuestro divino Hijo? Merecéis ser glorificada por vuestra altísima contemplación, que os llevó a conocer como nadie los misterios de Dios y a discernir sus designios para toda la creación. Inquebrantable ante la espada del dolor, vuestro Corazón Inmaculado se ha vuelto invencible en la lucha contra Satanás y sus secuaces y, por tanto, ningún poder en la tierra ni en el Cielo se atreve a levantarse contra vuestro brazo poderoso. Vuestra ardiente caridad nunca ha flaqueado, haciendo de vuestra existencia una continua ascensión de entusiasmo. Y si vuestra grandeza impar os elevó ya en vida al trono de la Trinidad, vuestra humildad sin mancha atrajo a Dios a la tierra. Por nuestra parte, nos corresponde tan sólo renovar nuestra entrega amorosa e incondicional como esclavos, que en el día bendito de vuestro natalicio os hicimos. Paraíso de Dios, alegría de los ángeles, gloria de la humanidad, deseamos servirlos por toda la eternidad, haciendo resonar en todo el universo: ¡Quién como Dios! ¡Quién como la Virgen! ✧

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. XXII Domingo del Tiempo Ordinario.

San Josué. Hijo de Nun y discípulo de Moisés. Introdujo al pueblo de Israel en la tierra prometida.

2. Beata Ingrid Elofsdotter, viuda (†1282). Tras la muerte de su esposo, ofreció todos sus bienes al servicio de Dios y recibió el hábito dominico en Skänninge, Suecia.

3. San Gregorio Magno, papa y doctor de la Iglesia (†604 Roma).

Beato Guala de Brescia, obispo (†1244). Fraile dominico, gobernó la diócesis de Brescia y luchó por la paz en tiempos del emperador Federico II. Al final de sus días se retiró al monasterio de Astino, Italia, donde murió.

4. Santa Rosalía, virgen (†s. XII). Siendo aún muy joven, abandonó la lujosa vida en la corte y se fue a vivir como ermitaña en el monte Pellegrino, cerca de Palermo, Italia.

5. Santos Urbano, Teodoro, Menedemo y compañeros, mártires (†370). Por orden del emperador Valente, los subieron a un barco en Nicomedia, en la actual Turquía, y fueron quemados vivos en alta mar.

6. Santa Bega, religiosa (†c. 660). Noble irlandesa, renunció a su matrimonio con un príncipe noruego y fundó un convento en la región de Cumberland, Inglaterra, del que fue abadesa hasta su muerte.

7. Beato Ignacio Kłopotowski, presbítero (†1931). Sacerdote de la diócesis de Lublin, Polonia, y fundador de la Congregación de las Hermanas de la Bienaventurada Virgen María de Loreto.

8. XXIII Domingo del Tiempo Ordinario.

Natividad de la Bienaventurada Virgen María.

San Sergio I, papa (†701). De origen sirio, se dedicó a la evangelización de sajones y frisones. Resolvió sabiamente muchas controversias y conflictos y trabajó ardientemente para enriquecer la liturgia.

9. San Pedro Claver, presbítero (†1654 Cartagena, Colombia).

Beata María Eutimia, virgen (†1955). Religiosa de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Compasión, sirvió a Dios en la persona de los enfermos durante la Segunda Guerra Mundial. Murió en Münster, Alemania.

10. San Nicolás, presbítero (†1305). Ingresó en la Orden de Ermitaños de San Agustín y predicó la reforma de las costumbres en Tolentino, Italia.

11. San Pafnucio, obispo (†s. IV).



**San Pedro Claver -
Iglesia de San Pedro, Lima**

Prelado de origen egipcio, defendió la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo contra el arrianismo, en el Concilio de Nicea. Fue torturado durante las persecuciones de Galerio Maximiano.

12. Dulce Nombre de María.

Beato Apolinar Franco, presbítero y mártir (†1622). Religioso franciscano español, trabajó como misionero en Filipinas y luego en Japón. Fue quemado vivo en Omura durante una persecución contra los cristianos.

13. San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia (†407 Comana, Turquía).

San Amado de Sion, obispo (†c. 690). Por orden del rey Teodorico III de Austrasia, fue desterrado de su diócesis de Sion, Suiza, a un monasterio en Breuil, Francia, donde murió.

14. Exaltación de la Santa Cruz.

Santa Notburga, virgen (†1313). Trabajó como humilde empleada doméstica en la aldea de Eben, Austria, y brilló por su caridad hacia los pobres, dando a todos un admirable ejemplo de santidad.

15. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario.

Nuestra Señora de los Dolores.

Beato Rolando de Médicis, anacoreta (†1386). Vivió veintiséis años en un bosque, en silencio, recogimiento y austeridad.

16. Santos Cornelio, papa (†252 Civitavecchia), y **Cipriano,** obispo (†258 Cartago), mártires.

Santa Eufemia, virgen y mártir (†c. 303). En tiempos del emperador Diocleciano y del procónsul Prisco, soportó crue-

les torturas hasta la muerte, por amor a la fe, en Calcedonia, actual Turquía.

- 17. San Roberto Belarmino**, obispo y doctor de la Iglesia (†1621 Roma).

Santa Hildegarda de Bingen, virgen y doctora de la Iglesia (†1179 Bingen, Alemania).

San Francisco María de Camporosso, religioso (†1866). Fraile capuchino, ofreció su vida por la salvación de los enfermos de una epidemia que asolaba Génova, Italia.

- 18. Santa Ariadna**, mártir (†s. inc.). Ejecutada en los primeros tiempos del cristianismo, en Frigia, actual Turquía.

- 19. San Jenaro**, obispo y mártir (†s. IV Pozzuoli, Italia).

Santa María de Cervelló, virgen (†1290). Primera monja mercendaria. Incansable en la asistencia a los pobres y enfermos, popularmente conocida como *María del Socorro*.

- 20. Santos Andrés Kim Taegon**, presbítero, **Pablo Chong Hasang y compañeros**, mártires (†1839-1866 Corea).

Beato Francisco de Posadas, presbítero (†1713). Religioso dominico que ejerció el oficio de predicador durante cuarenta años en la provincia de Córdoba, España.

- 21. San Mateo**, apóstol y evangelista.

Santa Maura, virgen (†c. 850). Noble francesa que, con sus oraciones y su ejemplo, obtuvo la conversión de su padre y animó a su hermano a seguir el camino sacerdotal. Se despojó de sus riquezas en beneficio de la Iglesia.



Santa María de Cervelló - Iglesia de San Pedro Nolasco, Barcelona (España)

- 22. XXV Domingo del Tiempo Ordinario.**

Beato Otón, obispo (†1158). Monje cisterciense nombrado obispo de Freising, Alemania.

- 23. San Pío de Pietrelcina**, presbítero (†1968 San Giovanni Rotondo, Italia).

Beata Bernardina Jablonska, virgen (†1940). Hija espiritual de San Alberto Chmielowski y cofundadora de la Congregación de las Hermanas Siervas de los Pobres.

- 24. San Pacífico**, religioso (†1721). Hermano franciscano insigne por sus penitencias, amor a la soledad y devoción al Santísimo Sacramento. Falleció en el monasterio de San Severino Marche, Italia.

- 25. San Cleofás**. Uno de los dos discípulos que se encontraron con el

Señor en el camino a Emaús y lo reconocieron al partir el pan.

- 26. Santos Cosme y Damián**, mártires (†c. s. III Ciro, Siria).

Santas Lucía Kim, Catalina Yi, viuda, y **Magdalena Cho**, virgen, mártires (†1839). Por su fe en Cristo, murieron víctimas de atrocidades tormentos en Seúl, Corea.

- 27. San Vicente de Paúl**, presbítero (†1660 París).

San Bonfilio, obispo (†c. 1115). Tras haber sido prelado de Foligno, estuvo diez años en Tierra Santa y al regresar a Italia se retiró al monasterio de Storaco, donde murió.

- 28. San Wenceslao**, mártir (†929/935 Stara Boleslav, República Checa).

San Lorenzo Ruiz y compañeros, mártires (†1633-1637 Nagasaki, Japón).

Beata Amalia Abad Casasempere, mártir (†1936). Madre de familia de reconocida piedad, fue detenida y asesinada por milicianos comunistas en Benillup, España.

- 29. XXVI Domingo del Tiempo Ordinario.**

Santos arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael.

San Mauricio, abad (†1191). Por humildad, renunció al cargo de superior del monasterio cisterciense de Langonnet, Francia, pero poco después fue elegido abad de Carnoët.

- 30. San Jerónimo**, presbítero y doctor de la Iglesia (†420 Belén - Palestina).

Beata Felicia Meda, abadesa (†1444). Religiosa clarisa, superiora del monasterio de Santa Úrsula, de Milán, y del monasterio Corpus Domini, de Pesaro, Italia.

Cruz iluminada, luz crucificada

Al definir las etapas de la vida espiritual en vías purgativa, iluminativa y unitiva, podríamos pensar que hay etapas exclusivamente de cruces y otras de luces. Pero no es exactamente así...

✠ P. Felipe de Azevedo Ramos, EP



La tradición ha acuñado el dicho *Per crucem ad lucem* —por la cruz a la luz— para indicar que a través de las tareas y quehaceres cotidianos nos elevamos hacia la luz divina. Pues bien, ¿y si dijéramos que la expresión contraria, *Per lucem ad crucem* —por la luz a la cruz—, también es verdadera? Veamos un ejemplo.

Interrogado por Jesús sobre quién decían que era Él, San Pedro respondió con decisión: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo» (Mt 16, 16). A lo que el divino Maestro replicó: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos» (Mt 16, 17).

Así, después de que la luz de la gracia impregnara el alma del primer Papa, el Salvador le ofreció la cruz, cuando anunció su muerte (cf. Mt 16, 21). Pedro, sin embargo, se mostró incrédulo y enseguida recibió la mayor censura proferida de los labios de Jesús: «¡Quítate de mi vista, Satanás!» (Mt 16, 23) —los propios fariseos son llamados «sólo» hijos del diablo (cf. Jn 8, 44). Aquel primer *flujo luminoso* interior pretendía preparar al príncipe de los Apóstoles para la cruz. No obstante, la rechazó, como prefigura de su triple negación al borde de la Pasión redentora. Las luces sin cruces a las tinieblas conducen...

El fresco de Cristo crucificado adorado por Santo Domingo de Guzmán, pintado por Fra Angélico, retrata muy bien que la cruz no sólo es un medio, sino una meta. Esa imagen se encuentra a la entrada del claustro del convento de San Marcos, de Florencia, y otrora le recordaba al fraile que allí ingresaba que debía morir al mundo, ser «crucificado con Cristo» (Gál 2, 19), siguiendo el ejemplo de su fundador.

La naturaleza ha sido borrada de la escena: el azul del cielo es monótono y el suelo, desértico y sin erosión. Cristo está muerto, pero sereno. Todo converge hacia el mayor sacrificio, la misa de todas las misas, la inmolación cruenta —nótese las grandes gotas de sangre— del Cordero sin mancha. En la cruz, finalmente, es donde todo se consume (cf. Jn 19, 30) y desde donde Cristo atrae a todos hacia sí (cf. Jn 12, 32). La cruz es, literalmente, *crucial*.

El «pintor de la luz» conduce al espectador a contemplar la mirada fija de Domingo, clavada en el amor de su vida. En efecto, a través de los ojos del fundador es como el fraile debería elevar sus vistas hacia el Crucificado.

Arrodillado, el «varón evangélico» tensa la frente y los labios, indicando concentración; su nuez dilatada revela su apasionada atracción por la cruz. De hecho, en él se cumple fielmente la exhortación de Jesús a Pedro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo,

tome su cruz y me siga» (Mt 16, 24). En realidad, la cruz de Domingo se configura con la cruz de Cristo.

Además, la escena es elocuente silenciosa: todo calla para que el santo predicador pueda meditar y abrazar literalmente la Pasión de Cristo. Domingo nos aconseja aquí, como lo hizo en vida a un joven, a leer el más perfecto de todos los libros: el de la caridad, o mejor dicho, el Amor mismo encarnado.

Como reza el famoso *Soneto a Cristo crucificado* —conocido también por su verso inicial, «No me mueve, mi Dios, para quererte»—, lo que mueve a Santo Domingo no es el Cielo por Jesús prometido, ni el infierno tan temido; lo que le mueve es verle clavado en la cruz y escarnecido, ver su cuerpo tan herido, sus afrentas, y su muerte.

Fra Angélico pintó al Crucificado resplandeciente de luz —añadiéndole cal a la pintura, para lograr ese efecto—, como si confirmara que por la cruz es como se llega a la luz. En definitiva, la finalidad del hombre consiste en la felicidad de la visión beatífica, en la eterna contemplación de la luz divina. Sin embargo, vale recordar que el Mártir del Calvario está a la derecha del Padre con su cuerpo resucitado, pero conservando las llagas de la Pasión, como insignias de hermosura, virtud y gloria.¹ Por tanto, hasta en el Cielo se pueden vislumbrar los signos de la cruz.

En realidad, en Cristo convergen la luz y la cruz, y, en esencia, el mensaje del beato artista a los frailes —y también a cada uno de nosotros— es este: habéis sido iluminados por la gracia para abrazar la cruz y únicamente por ella encontraréis la luz. La vía unitiva, la más perfecta, consiste, pues, no sólo en *unirse a Dios* mediante la contemplación, sino en *unir la cruz a la luz* —y viceversa— en la propia vida. ✧

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO.
Suma Teológica. III, q. 54, a. 4, ad 1.



Al lado, «Santo Domingo adorando al Crucificado», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia); arriba, detalles de la pintura



Alma compasiva y combativa

*S*an Vicente de Paúl fue, al mismo tiempo, el santo de la combatividad y de la caridad.

Combatividad, en dos terrenos. Primero, el doctrinario, en el que combatió meticulosamente a los jansenistas en Roma, en la corte, en la nobleza, en el clero, en el pueblo, de manera política y estratégica, con su inmensa influencia personal. Además de esta forma de combatividad intelectual, también quiso montar una cruzada contra Túnez y, con este propósito, se dirigió al rey de Francia.

Por otra parte, era el santo de la caridad, de la compasión. Encontramos en esta conjunción una rara manifestación de buen espíritu. Según la opinión común, el que es muy combativo es poco compasivo, y el que es muy caritativo no es pugnaz.

Ahora bien, si la combatividad y la compasión son virtudes, no puede haber incompatibilidad entre ellas. Al contrario, todas las virtudes son hermanas. Por tanto, quien es santamente compasivo es combativo; y quien es santamente combativo es compasivo.

Plinio Corrêa de Oliveira

